El holocausto nazi

Florencio Jiménez Burillo

Diseño del libro y de la cubierta: Natàlia Serrano
Primera edición: octubre de 2007
© Florencio Jiménez Burillo, del texto
© José Luis Pérez Triviño, del texto
© Editorial UOC, de esta edición
Rambla del Poblenou, 156
08018 Barcelona
www.editorialuoc.com
Realización editorial: MEDIAactive,S.L.
Impresión: Ediciones Gráficas Rey, S.L.
Esta obra está sujeta –si no se indica lo contrario– a una licencia Creative Commons de Reconocimiento-No Comercial-Sin obra derivada 3.0 España. Puede copiar, distribuir y comunicar públicamente, siempre y cuando reconozca los créditos de las obras (autoría, Editorial UOC) de la manera especificada por los autores y la Editorial que la publica. No puede hacer uso comercial ni obra derivada sin el permiso del Editor y de los autores. La licencia completa se puede consultar en https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/deed.es

Florencio Jiménez Burillo
Florencio Jiménez Burillo es catedrático de Psicología social de la Universidad Complutense de Madrid.

Nuestro contrato

Este libro le interesará si quiere saber:

- De dónde proviene el antisemitismo.
- Cómo era Hitler y cómo pudo llegar al poder.
- Cómo manipularon los nazis algunas teorías "científicas".
- Por qué los nazis querían exterminar a los judíos.
- Cómo se comporta un ser humano en una situación límite como es un campo de concentración.
- Qué papel tuvieron los ciudadanos alemanes durante el dominio nazi.
- Cuáles son las principales explicaciones que se han propuesto sobre el genocidio.

Índice de contenidos

Nuestro contrato 5
Introducción 9
LA REPÚBLICA DE WEIMAR 11
LA TRADICIÓN ANTISEMITA OCCIDENTAL 15
El racismo moderno 18
Racismo y antisemitismo en Alemania 22
LA FIGURA DE HITLER Y MI LUCHA 25
Vida de Hitler 26
Mi Lucha *(Mein Kampf)* 27
El cine y el régimen nazi 30
LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN NAZIS 33
Las deportaciones 35
La vida en los campos 37
El comportamiento en los campos 41
LAS RESPUESTAS CIUDADANAS EN EL TERCER REICH 53
Los judíos alemanes 53
Los ciudadanos corrientes 56
El conocimiento de la existencia de los campos por los alemanes corrientes 58
LAS EXPLICACIONES DEL HOLOCAUSTO 63
Explicaciones macro 63

La obediencia a la autoridad....71
Explicaciones micro....75
Conclusión....87
Bibliografía....91

Introducción

Cuenta Wiesenthal –un superviviente del holocausto– en sus memorias que, en septiembre de 1944, un cabo de las SS le dijo:

> "[...] imagínese que llega a Nueva York y le preguntan: ¿cómo le fue en el campo de concentración alemán? Ud. sabe lo que ocurrió" –continuó el nazi– "y quiere decirles la verdad. Pero ellos no lo creerán. Dirán que Ud. está loco e incluso podrían enviarle a un manicomio."

En efecto, después de haber leído los estudios y testimonios imprescindibles sobre el nazismo y el holocausto –como después de haber visto esas películas sobre el genocidio que luego recordaremos–, la más inmediata respuesta, antes incluso que la indignación, es la de la incredulidad. Como escribe Agamben (2002), lo que sucedió durante el régimen nazi parece superar nuestra capacidad de comprensión, de modo que, si logramos sacudirnos el estupor, no sin esfuerzo, lo más que podemos hacer es "un comentario perpetuo sobre el testimonio". Un comentario que, en nuestro caso, utilizará el lenguaje de las ciencias sociales con el propósito de intentar alguna explicación de aquel auténtico infierno, y, si es posible, extraer algunas enseñanzas para que semejante horror nunca más vuelva a ocurrir.

El genocidio nazi plantea muy grandes desafíos al análisis científico-social. Desde un punto de vista teórico, es extraordinariamente fácil –y luego veremos algunos ejemplos– incurrir en explicaciones reduccionistas monocausales que, en sí y por sí msimas, son incapaces de dar cuenta cabal de un evento tan complejo como el que tratamos. Y desde una perspectiva metodológico-técnica, la investigación del holocausto arroja nuevas dudas sobre la capacidad explicativa de los modelos científico-sociales positivistas al uso. Si, como se ha repetido tantas veces, la ética *more Auschwitz demonstrata* ha derrumbado los venerables principios éticos de nuestra tradición cultural, no menos razón tienen Kren y Rappoport al afirmar que, tras el genocidio, hay que reconceptualizar la epistemología sociopsicológica y su ingenua, cuando no otra cosa peor, pretensión "avalorista".

Cuando se escribe sobre el horror nazi, es sumamente difícil observar el majestuoso e impersonal precepto spinoziano de tratar los asuntos humanos como si fueran cuestión de líneas, cuerpos y superficies. En relación con esto, es posible que a lo largo de estas páginas aparezcan a veces calificativos no habituales en los trabajos académicos. Ciertamente, nunca como ante este crimen se cumple aquel dicho lacaniano de que la palabra siempre mata a la cosa. En verdad y aunque se nos aparezcan como insuficientes los epítetos adecuados para el comportamiento de los nazis, una postura epistemológica mínimamente realista obliga a utilizar ciertas palabras –criminal, asesino, genocida, bestia, espanto, etc.– como las verdaderamente cabales para describir lo que pasó en aquel tiempo.

LA REPÚBLICA DE WEIMAR

En su espléndida obra sobre *El Tercer Reich* publicada en el 2002, Burleigh ha descrito magistralmente el contexto histórico anterior a la subida de Hitler al poder, así como las circunstancias que la propiciaron: en el verano de 1914 estalla la Primera Guerra Mundial concluída con la derrota de Alemania; el precio: más de seis mil muertos diarios durante cuatro años y medio. El káiser Guillermo abdica en noviembre de 1918 en tanto el Gobierno se rinde a los aliados.

El fin de la guerra supuso para Alemania la aceptación de unas durísimas cláusulas que inmediatamente fueron ejecutadas:

– pérdida de todas las colonias,
– separación de Austria,
– desaparición de las academias militares y prácticamente de todo el Ejercito, y
– elevadísimas indemnizaciones.

Los alemanes deberían además asumir su exclusiva "culpabilidad" por la contienda y liberar a los criminales de guerra. Así, se firmó el tratado de Versalles recibido por la nación alemana como una colosal humillación.

Por cierto, que las consecuencias negativas futuras de tal imposición ya fueron sagazmente pronosticadas por J. M. Keynes, el gran economista británico, presente en las conversaciones de paz.

En enero de 1919 se funda en Alemania la República de Weimar, atacada desde ese mismo momento por diversos partidos de derecha e izquierda. Sobrevino entonces un período de gran inestabilidad social con varios asesinatos políticos, entre ellos el del ministro de Asuntos Exteriores, un judío llamado Walter Rathenau, al que la prensa de la derecha llamaba *la maldita judía*. Ese mismo año se funda el NSDAP, el Partido Nacional Socialista Obrero Alemán –al que más tarde se afilió Hitler– siendo aprobado al año siguiente su programa oficial.

Sube vertiginosamente la inflación, aumenta el desempleo, hay hambre y abundantes suicidios. El nueve de noviembre de 1923, Hitler –jefe máximo ya del partido nazi– y un antiguo general, encabezan en Munich una manifestación de unos dos mil extremistas disuelta violentamente por la policía. Hitler resulta levemente herido. Como consecuencia de este intento de golpe de Estado, el futuro genocida es juzgado y condenado a cinco años de cárcel de los que sólo cumplió nueve meses. Es entonces, en 1924, cuando escribe *Mi Lucha*.

Entre 1924 y 1928 mejora levemente la situación, pero el espectro político va configurándose en dos bloques: un fuerte partido comunista y un conjunto de partidos de derecha, en tanto que liberales y socialdemócratas, van perdiendo representación parlamentaria. Por aquellos años los judíos formaban menos del 1% de la población (unos 500.000) ocupando destacadas posiciones en periodismo, arte, banca privada, comercio y grandes almacenes.

La república de Weimar nunca tuvo una existencia estable. Entre 1919 y 1933 hubo 20 gobiernos, algunos de éstos sólo de doce semanas de duración. El Parlamento estaba grave-

mente desprestigiado y cundió la opinión de que los partidos políticos "dividían a la nación". Como consecuencia de la depresión de 1929, el número de parados en febrero de 1932 superaba realmente los siete millones y medio, es decir, el 33% de la población activa. Aumentó extraordinariamente la delincuencia, la prostitución y el vandalismo. Había enormes colas en los comedores de beneficencia y la gente vendía sus enseres en las esquinas. El partido nazi contaba ya con un millón de afiliados, mientras que los partidos de izquierda eran mirados con desconfianza por una gran par parte de la clase obrera, las mujeres y los jóvenes. Entre tanto, había constantes choques violentos entre las organizaciones paramilitares de los nazis –las SA– y de los comunistas. La "cuestión judía", es importante advertirlo, no se planteaba aún, sin embargo existían ya fuertes corrientes de opinión antisemita.

Las clases medias urbanas y el campesinado rural, empobrecidos, estaban atemorizados con los comunistas y progresivamente fueron añorando un "líder fuerte" que les diera seguridad. Ya por entonces, el partido nazi comenzó a hablar de orden, raza, nacionalismo, ofreciendo recetas para acabar con el paro. Hitler proclamaba que el suyo no era un partido como el resto, sino un "movimiento" incontenible, que traería de nuevo el bienestar y restauraría la grandeza alemana.

En medio de una enorme tensión social y política, en las elecciones generales de julio de 1932, Hitler obtiene un 37% de los votos y 230 escaños (sólo cuatro años antes había obtenido el 2% sin representación parlamentaria).

Continuó la inestabilidad social con el partido nazi en la oposición. En noviembre de ese año, se celebran otras elecciones en las que Hitler pierde dos millones de votos pasando a 196 escaños. Pese a todo lo cual y tras sucesivas maniobras y conversaciones con los partidos de derechas, en enero de 1933, Hitler es nombrado canciller de Alemania. En los co-

micios de marzo los nazis obtienen un 52% de los votos, con 340 escaños, aunque lejos de la mayoría de los dos tercios necesarios para cambiar la Constitución. Una Constitución que por otra parte ya era "papel mojado".

A partir de ese momento, y de forma vertiginosa, Hitler comienza a promulgar leyes y decretos en virtud de los cuales se ponía fuera de la ley a los partidos políticos, se aplicaba la pena de muerte con carácter retroactivo y se confinaban en los primeros campos de concentración a más de 100.000 presos políticos.

Se aprobaron leyes autorizando la eugenesia para los enfermos mentales y los delincuentes sexuales. En un discurso pronunciado en 1936, Himmler, ante una audiencia de juristas, expresó paladinamente la situación del Derecho con los nazis en el poder: "Para mí, es completamente indiferente el que una norma legal pueda oponerse a nuestras acciones" (Burleigh, 2002, p. 225).

LA TRADICIÓN ANTISEMITA OCCIDENTAL

Como escribe Goldhagen (1902, p. 45), durante los últimos dos mil años:

> "[...] los judíos han sido el grupo que más ha concitado los prejuicios profundos de un conjunto más numeroso de personas. El antisemitismo, la más resistente y ponzoñosa de las malas hierbas, ha florecido en todos los entornos, sobreviviendo a épocas históricas, superando las fronteras nacionales, los sistemas políticos y las formas de producción."

Por otra parte, como más adelante se verá, el prejuicio antisemita fue seguramente el más profundo y duradero sentimiento que tuvo Hitler toda su vida. Hasta tal punto, que hay autores que, de modo inaceptable, reducen "causalmente" el holocausto a esta creencia básica del genocida.

En efecto, como afirma Goldhagen, la actitud antijudía es ya evidente en los textos del Nuevo Testamento. La crucifixión de Jesucristo planteó graves contradicciones a la doctrina cristiana: la negación de la divinidad de Jesús determinaba que, o bien los judíos eran unos deicidas, y por tanto acreedores de gravísimas penas si no se convertían, o bien, si tenían razón, la doctrina cristiana era claramente errónea. De modo que, con la Iglesia Católica ya triunfante desde el siglo IV, los padres de la Iglesia iniciaron la vieja letanía de estereotipos

que la ha acompañado desde entonces: enemigos de la Fe, asesinos de profetas, corruptos, lujuriosos, etc.

En el año 1096, en la primera Cruzada, se llevó a cabo la masacre de Jerusalén en medio de terribles rumores: los judíos necesitaban sangre de niños para elaborar el pan ázimo de la Pascua Judía. Y no sólo eso: la raza maldita envenenaba los pozos de agua provocando así la peste negra (Wistrich, 2002, p. 41 y ss.). La Iglesia Católica, por cierto, no fue la única en demonizar a los judíos. El propio Lutero, en 1543, publicó un escrito titulado "Sobre los judíos y sus mentiras" en el que los calificaba de *pueblo maldito,* a la vez que exhortaba a los príncipes alemanes a quemar sus sinagogas, prohibir la enseñanza a los rabinos y expropiarlos como habían hecho en Francia, Bohemia y España.

La Revolución francesa supuso una cierta atenuación del movimiento antisemita, al menos en los estamentos "ilustrados". No obstante, como observa Carl Amèry (2002), nunca se desvaneció la sospecha hacia los "conversos". Sin embargo, al ser indemostrable la autenticidad de su conversión al cristianismo, surgió la espantosa consigna de *la limpieza de sangre*, utilizada por los nazis más tarde para demostrar la "pureza aria" de los alemanes sospechosos de contaminación judía. No pasó mucho tiempo sin que resurgiera vigorosamente el antisemitismo. En 1916, Jacob Friedich Fries publica un ensayo titulado "Sobre el peligro que corre la prosperidad y el carácter de los alemanes a causa de los judíos". De nuevo, aparecían en éste los antiguos clichés mentales junto a otros nuevos, como su oculta intención, en tanto "grupo político" ellos mismos, de dominar a la nación alemana. De modo que, en pleno siglo XIX, el entonces vigente modelo cultural alemán sobre los judíos incorporaba como creencias fundamentales que los judíos, biológicamente, eran diferentes a los alemanes,

que eran algo extraño a la nación y todo mal que sobreviniera a Alemania era culpa de ellos.

> En 1879, un periodista, Wilhem Marr, acuñó el término *antisemitismo* para designar la forma "moderna" de odio al judaísmo como modalidad diferente al antiguo odio cristiano. Y desde luego el tal Marr constataba que los judíos "ya" se habían apoderado del país. Pero el periodista no estaba solo: predicadores protestantes como Adolf Stoecker –fundador del Partido Socialcristiano– e historiadores como Von Triestschke escribían, por ejemplo, que "los judíos son nuestra desgracia". Digno de mención particular es Th. Fritsch, autor de un *Manual sobre la cuestión judía*. La razón es que el propio Hitler leyó este tratado –cuarenta ediciones– en Viena antes de 1914. Y de allí tomó, sin duda, ideas –luego plasmadas en leyes– que luego repetirá una y otra vez en sus discursos; por ejemplo, que los arios no debían mantener relaciones comerciales ni sociales con los judíos, ni mucho menos relaciones sexuales (Wistrich, 2002, p. 50).

Durante el último tercio del siglo XIX, en suma, el antisemitismo estaba profundamente arraigado en Alemania y era compartido prácticamente por todos los grupos sociales, desde el campesinado hasta los catedráticos de la Universidad. Entre 1879 y 1900, según Goldhagen, aparecieron 1.200 publicaciones sobre el "problema judío" (un problema generado, recordemos, ¡por el 1% de la población total!). El contenido de tales publicaciones insiste –a veces inventándolas– en las viejas acusaciones: los judíos socavan la sociedad, corrompen las costumbres, son parásitos improductivos que chupan la sangre alemana y –contradictoriamente– son poderosos y controlan la riqueza del país. Y junto a los estereotipos se mencionan medidas discriminatorias que van más allá de la anterior "exclusión": se pide ahora la "expulsión" como "cuerpo maligno extraño". El siguiente paso, como luego se verá, no podía ser otro que la "extirpación".

La revolución bolchevique, teóricamente, significó un cierto avance en la liberación para el colectivo judío, pero entre 1918 y 1923 hay en Rusia y Ucrania más de cien mil víctimas judías. En noviembre de ese mismo año el ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, lord Balfour, en su célebre "Declaración" apoya la creación de un estado nacional judío en Palestina. En 1948, al fin, se creó el Estado de Israel. Lo que ha venido después es de todo el mundo conocido, desde la guerra de los Seis Días hasta las barbaridades actuales del Gobierno de Sharon.

El siglo XIX, como es bien sabido, es el siglo de Darwin y de Mendel. Ambos establecieron las bases de la biología moderna, y sus colosales aportaciones de fondo al conocimiento de la naturaleza humana están fuera de discusión. Pero lo que ahora es menester poner de relieve es cómo sus ideas fueron manipuladas para ponerlas al servicio de los prejuicios antisemitas que estamos examinando. Tal manipulación se llevó a cabo mediante la noción de *raza*.

El racismo moderno

Como se acaba de ver, la continuidad y persistencia del prejuicio antisemita durante sus dos mil años de existencia habían sido elaboradas en un nivel estrictamente **actitudinal**, es decir, se trataba de estereotipos negativos, odios profundos y eventuales conductas discriminatorias y aun asesinas. Pero todo el caso discurría en un ámbito ideológico, **superestructural** cabría decir, carente de sólido apoyo material. Pues bien, esa firme base, hasta entonces no descubierta, la halló el antisemitismo en el concepto "científico" de raza.

Tras el descubrimiento de América, los "civilizados" europeos se encontraron con un Nuevo Mundo poblado de "salvajes" sobre cuya humanidad surgieron muy serias dudas:

¿estaban hechos, verdaderamente, a imagen y semejanza de Dios?, ¿tenían alma?, ¿eran racionales? (Smedley, 2002). Su misma apariencia física desafiaba a los textos bíblicos respecto a la *unidad de origen* de la Humanidad. De modo que Paracelso –eminente catedrático suizo de Medicina–, en 1520, sentenció que aquellas gentes eran los descendientes de unos seres producidos por un acto separado de creación. En definitiva, ellos no eran hijos de Adán y Eva. Pero tal origen cuestionaba más aún su cabal "humanidad". Así que el Papa Pablo III, en 1537, tuvo que cancelar toda polémica decretando que los recién descubiertos eran humanos y por tanto capaces de ser convertidos a la verdadera religión.

El pensamiento moderno, no obstante, contempló las evidentes diferencias entre los humanos como uno de los asuntos más merecedores de investigación. Diferencias físicas que fueron teorizadas luego, a otro nivel, en términos de "desigualdades" morales, políticas y culturales. Y decimos a otro nivel porque debería ser obvio que las "diferencias naturales" (físicas) entre los individuos en modo alguno pueden legitimar las desigualdades (políticas) entre ellos. La Ilustración sostuvo como creencia fundamental la unidad de la especie humana y, desde luego, su identidad en los procesos psicológicos básicos y su común y universal capacidad de aprendizaje.

Sin embargo, tan universal e ilustrada creencia fue desvaneciéndose a medida que se afianzaban los proyectos colonizadores –esclavistas– de las poderosas naciones civilizadas. De tal modo que en el siglo XIX se acentuó el estudio de las "diferencias humanas" a la vez que iba adquiriendo un auge extraordinario la nueva noción, ya "científica" de raza. Noción ésta, que desde sus mismos orígenes, denotaba no sólo las patentes diferencias morfológicas individuales sino, más profundamente, unas diferencias intelectuales y morales –ambas– que incapacitaban a esos grupos raciales para toda

empresa civilizatoria y, por tanto, justificaban su "desigual" posición en el seno de las sociedades.

Durante el siglo XVIII hubo numerosos estudios científicos sobre las razas que incluían diversas tipologías, generalmente atendiendo a criterios geográficos. Al fin y al cabo, las diferencias en rasgos físicos se debían a factores "externos", como por ejemplo el clima. Eminentes tratadistas como Bufón, Hunter, Blumenbach, postularon distintas clasificaciones de las razas, insistiendo en la dificultad de establecer límites entre ellas. Lamentablemente, con el tiempo hubo un deslizamiento desde el énfasis en lo "ambiental" a la fundamentación de las diferencias en lo "biológico".

A fines de este siglo, la explotación del algodón aumentó enormemente el comercio de esclavos. Era pues necesario "justificar" la creciente institucionalización de la esclavitud y la nueva ciencia biológica emergente suministró los argumentos, oficiando abiertamente como cobertura ideológica. Y de ese modo, reconocidas eminencias científicas, como Samuel Morton –fundador de la cranometría– o Louis Agassiz –un profesor de Harvard defensor del poligenismo– demostraron al mundo cosas como éstas: que el tamaño del cerebro correlacionaba positivamente con la inteligencia. Siendo así que los negros tienen cráneos más pequeños que los de los blancos, la conclusión acerca de su inferioridad intelectual era irrefutable; o que hubo diferentes razas creadas en geografías diferentes o que en modo alguno cabe mezclar unas con otras, pues nacerían hijos no fértiles como los mulos.

Las teorías de Darwin reforzaron las tesis racistas y el darwinismo social. En las universidades europeas y americanas se fueron consolidando disciplinas como la Antropología Física, la Cranometría, etc., todas ellas concordando en la natural superioridad de unas razas sobre otras y, por lo tanto, su consiguiente natural subordinación en la estructura de poder

de la sociedad. Como es bien conocido, un primo de Darwin, Francis Galton, desempeñó un papel muy importante en aquellos tiempos. Convencido racista, argumentó ardorosamente sobre la "desigualdad natural" entre las clases sociales y la superioridad de la raza anglosajona sobre el resto de los humanos. Fue también fervoroso defensor de la eugenesia –él no tuvo hijos– permitiendo el emparejamiento sexual en matrimonio sólo de los más adaptados. Los inferiores, en cambio, debían ser esterilizados o, en cualquier caso, debería serles prohibida su reproducción.

La historia del racismo científico no acabó en el siglo XIX, pero no es posible detenerse en más pormenores. Recordemos tan sólo el manipulador uso por parte de la Psicología norteamericana de los tests de inteligencia de Binet al servicio de intereses ideológicos. El francés no se pronunció sobre la transmisión hereditaria de la inteligencia, pero psicólogos norteamericanos tan famosos como Yerkes, Brigham, Thorndike y Hall defendieron tesis racistas a la vez que se pronunciaron a favor de la eugenesia (Voestermans y Jansz, 2004); sus ideas fueron plasmadas en distintas leyes, autorizando medidas de esterilización en los manicomios.

Por lo demás, todo este caudaloso programa de investigación continúa generando polémica en nuestros días; como ejemplo ilustrativo, recuérdese el enorme debate generado tras la publicación en 1994 del libro *The bell curve* por R. Herrstein y Ch. Munnay. Los autores, en la línea ya establecida por Burt, Jensen, Eysenck, etc., sostienen el amplio carácter hereditario del cociente de inteligencia, así como su relación positiva con determinados índices de éxito socioeconómico. El voluminoso texto se adentra en controvertidos ámbitos de política educativa y social que levantaron agrias discusiones en USA y en cuyos detalles no es posible entrar ahora.

Todo lo anterior, en suma, nos ha mostrado cómo el racismo y las medidas eugenésicas no fueron algo privativo del racismo, sino que eran creencias generalizadas en los países avanzados, aunque, por supuesto, en ningún sitio se utilizaron de modo tan criminal como en Alemania.

Racismo y antisemitismo en Alemania

Años antes de que Hitler alcanzara el poder en 1933, en algunas naciones occidentales se extendió la creencia de que había determinados grupos en la sociedad –alcohólicos, criminales, deficientes mentales, etc.– cuya reproducción y consiguiente descendencia iría debilitando poco a poco al país. Tenían, como diríamos hoy, genes defectuosos, y la medicina y los programas de asistencia social perpetuaban la indeseable reproducción de esos individuos actuando como antídotos del proceso de selección natural.

Tras concluir la Primera Guerra Mundial, el doctor alemán Heinz Potthof, miembro de la Asociación Liberal Progresista (sic) decía: "[...] hay que gastar dinero en ayudar a las personas sanas y no en lisiados e idiotas improductivos". Y en 1920, un libro titulado *Permiso para la destrucción de vida indigna de vida*, escrito por un eminente jurista, K. Binding y un psiquiatra, A. Hoche, ensalzaba la costumbre espartana de matar a niños débiles o enfermizos. Durante los años siguientes continuaron apareciendo obras cuyos títulos, por sí mismos, ahorran todo comentario: *Ciencia racial de los alemanes* o *Ciencia racial de los judíos*, o este otro: *La naturaleza criminal de los judíos*, en el que, paladinamente, se pedía su exterminación (Burleigh, 2002, p. 397 y ss.).

Las leyes sobre esterilización aprobadas en 1933 dejaron vía libre a la intervención de los equipos de psicólogos y mé-

dicos. Hitler había dicho que "[...] por encima del derecho a la libertad personal está siempre el deber de preservar la raza".

En un espeluznante artículo, García Marcos (2002) ha documentado algunos pormenores del plan nazi sobre la eutanasia. Hacia 1933, había en Alemania unos 340.000 enfermos ingresados en hospitales psiquiátricos. En el partido nazi militaba el 45% de los médicos alemanes y a ellos les correspondió el "saneamiento" de la sociedad alemana con medidas de higiene racial. Existían "casas de maternidad" en donde jóvenes alemanas racialmente puras eran fecundadas por miembros de la elitista SS. Pero lo más grave ocurrió a partir del decreto de septiembre de 1939, en el que se autorizaba el exterminio de los enfermos mentales ingresados en los manicomios. Eran los médicos quienes, según criterios "humanitarios", producirían "[...] una muerte de gracia a todos aquellos enfermos incurables una vez valorado su estado de enfermedad" (García Marcos, 2002, p. 72). Miles de enfermos fueron asesinados bajo la supervisión de tres psiquiatras del Ministerio del Interior del que dependían los manicomios.

Goebbels, el ministro de Propaganda, anotó en sus diarios el 31 de enero de 1941: "[...] ya han muerto 80.000; todavía deben morir 60.000 más". El procedimiento solía ser una cámara de gas con duchas colectivas pasando después los cadáveres a hornos crematorios. Era un ensayo general, como escribe García Marcos, de la Solución Final del problema judío. A los familiares, en una carta de pésame, se les informaba que habían fallecido por una causa inventada y que habían sido incinerados por razones de higiene. Tras una enérgica denuncia pública de estos hechos por parte del obispo Von Galen, se suspendieron los asesinatos, trasladando, eso sí, toda la "experiencia" a los campos de exterminio.

LA FIGURA DE HITLER Y *MI LUCHA*

Se ha escrito que, después de Jesucristo, ningún personaje histórico ha recibido tantos estudios biográficos como Hitler; biografías de muy desigual valor, naturalmente. Pues las hay muy recomendables –las de Bullock (1984), Fest (1973 y 2003) y Kershaw (1999, 2000)– en tanto otras, por decirlo suavemente, son excesivamente especulativas.

Ha sido en el ámbito de la Psicohistoria –un decepcionante intento de unir Psicoanálisis e Historia– donde se han arriesgado los análisis más extravagantes. Al cabo, no sólo la vesánica conducta de Hitler, sino todo el sangriento episodio nazi se explicarían a través de las vicisitudes "edípicas" del genocida (Waite), del contagio de sífilis por una prostituta vienesa –naturalmente judía– (Hayden), de su reprimido impulso de asesinar a "una madre fálica" (sic) (Brosse), de una congénita necrofilia acompañada de impulsos sadomasoquistas (Fromm) o una homosexualidad reprimida (Machtau). El diagnóstico de otros es rotundamente psicopatológico, y aunque varía la etiqueta nosológica, hay un acuerdo en que el síndrome que mejor le cuadraría es el de esquizofrénico paranoico (Scharffenberg).

Leyendo todo esto, lo verdaderamente asombroso es cómo un personaje así pudo llegar adonde llegó. Desde luego, es innegable que una gran mayoría de alemanes le apoyó, incluso le veneró y que su despotismo se asentaba más en su

popularidad que en el terror. Era un gran orador –él mismo se autocomplacía en reconocerlo–, ferozmente racista, con una memoria colosal y carecía de toda idea civilizatoria (Fest, 2003, p. 195).

Vida de Hitler

Nacido en Austria en 1889, hijo de un funcionario –Hitler abominó después de ellos–, a los 18 años se instaló en Viena holgazaneando sin hacer nada concreto tras su frustrado intento de estudiar en la Academia de Bellas Artes. Malvivía de una pensión de orfandad pernoctando ocasionalmente en instituciones municipales de beneficencia. A veces, lograba vender sus cuadros a través de judíos a los que por entonces parecía no odiar. Se ignora cuáles eran sus lecturas, aunque sí que sabemos que adoraba a Wagner –un declarado antisemita. En 1913, con 24 años, se traslada a Munich, donde siguió viviendo pobremente hasta que se alistó como voluntario para combatir en la Primera Guerra Mundial. Allí llegó a cabo del ejército y fue condecorado con la Cruz de Hierro al valor personal.

Regresa a Munich y en un curso del ejército maravilla a los mandos con su oratoria. Ingresa en un llamado *Partido Alemán de Trabajadores*, cuyas reuniones se celebraban en una cervecería de esa ciudad y que, a partir de 1920, se denominó *Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes* (NSDAP), con 2.000 afiliados. Ya jefe del partido nazi, crea las SA, un grupo de militantes especialmente violentos con quienes en 1923 intenta derrocar a la República de Weimar. Juzgado y condenado en febrero de 1924, sale en libertad nueve meses más tarde, según pudimos ver en páginas anteriores.

Por entonces ya funcionaba un segundo grupo paramilitar, las SS, un cuerpo de elite cuyos miembros tenían mayoritariamente una calificación universitaria. El partido nazi desarrolló

una incesante actividad proselitista en las fábricas y entre los campesinos. En 1931, los estudiantes nazis controlaban los sindicatos de la universidad alemana (Burleigh, 2001, p. 140).

Tras conquistar el poder en 1933, Hitler impone una implacable dictadura entre constantes muestras de adhesión de la gran mayoría de los alemanes. Se lanza a la guerra y es derrotado. Durante las últimas semanas antes del final de la contienda era una "ruina humana farfullante" a quien nadie obedecía. Antes de suicidarse, el 29 de abril de 1945, expulsó del Partido a Goering y Himmler. En su testamento, este criminal todavía instaba a los dirigentes de la nación "a cumplir escrupulosamente las leyes de la raza y a oponerse implacablemente al envenenador universal de todos los pueblos, la judeidad internacional". Pero nada más instructivo para calibrar la estatura intelectual y moral del genocida que recordar brevemente algunas de sus ideas, por llamarlas de alguna manera, tal y como las expuso en su panfleto titulado *Mi Lucha*.

Mi Lucha *(Mein Kampf)*

Escrito tras su detención y condena en 1924, el libro se publicó en 1927. Diez años después se habían vendido 2.290.000 ejemplares. Ante todo, hay que decir que así como hay "genes" defectuosos responsables de graves enfermedades, de ese mismo modo existen ideas y creencias –los "memes" de Dawkins– esencialmente malignas. *Mi Lucha* es un "meme" letal. Realmente no podía ser otra cosa siendo su autor alguien que fue un desastre para la humanidad. De esta obra escribió el citado Fest, uno de sus mejores biógrafos, que emana "[...] un hedor mohoso de estrechez espiritual y caracteriológica". Es en verdad sorprendente, hay que insistir, cómo el autor de un engendro así llegara a mandar –por medios democráticos– en una de las naciones intelectualmente más sobresalientes del mundo.

El estilo del panfleto es insufriblemente autocomplaciente. Por sus páginas circulan ideas que moverían a risa si no fuera por las ruinosas consecuencias que tuvieron. En el prefacio, establece Hitler el objetivo de su libro: explicar los propósitos y desarrollo del "movimiento" –no del partido– nazi y "retratarme a mí mismo". La audiencia a la que va dirigido está constituida por fieles ya convencidos: no los extraños, escribe, sino los partidarios del movimiento que "pertenecen a él de corazón". En las notas autobiográficas nos informa, por ejemplo, de que siempre odió hacerse funcionario y de que, ya adolescente, se hizo nacionalista y "comprendió la historia en su sentido verdadero" (Hitler, s.f., p. 10) y otras muchas cosas que no es posible detallar.

Ya metido en impartir doctrina, subraya la decisiva importancia de la **propaganda política** para inmediatamente enunciar las leyes por las que se rige: la primera dice –léase bien– que el nivel intelectual del mensaje debe adaptarse a la capacidad "del menos inteligente de los individuos" a quienes se dirija. Por consiguiente –segunda ley– el nivel será "tanto menor, cuanto mayor la muchedumbre que deba conquistar". Además, bajo la evidente influencia de su inspirador Gustavo Le Bon, a quien plagia, pero no cita –la multitud es femenina, está gobernada por sentimientos y no por razones, etc.–, el genocida asegura que la propaganda eficaz presenta sus mensajes "en forma de gritos de combate", que la multitud "ama o aborrece" sin medias tintas y que –dada su irremediable oligofrenia– es necesario repetir persistentemente tales gritos de combate (pp. 65-69). Como se advierte, el jefe no tenía una opinión muy elevada acerca de la capacidad intelectual de las masas alemanas.

A medida que se va leyendo el contenido del texto nunca desaparecen mediocridad y el disparate. He aquí algunos ejemplos: en el

> capítulo dedicado al racismo escribe que sólo la raza aria ha sido la fundadora de la cultura (p. 101) y que para ello fue necesaria la existencia de esclavos; añadiendo que la "única y exclusiva" (sic) razón del hundimiento de las antiguas civilizaciones fue "la mezcla de sangre y el menoscabo del nivel racial que le es inherente" (p. 103). Dentro de este capítulo, este genio de la Filosofía de la Historia no oculta sus actitudes hacia los judíos: "el antípoda del ario es el judío y el judío siempre fue un parásito en el cuerpo de otras naciones". En el apartado ridículamente titulado "Teoría del mundo y del partido" advierte del peligro marxista y descalifica los programas de los partidos políticos por fundarse en "ruines ideas".

Por lo que respecta al Estado, afirma que necesita de una "raza dotada de capacidad para la civilización"; la raza aria, naturalmente. La función primordial del Estado es la de "engendrar una humanidad superior" y para ello es necesario adoptar enérgicas medidas, como por ejemplo formar un nuevo "organismo viviente" en el que ya no estarán los funcionarios –evidentemente los aborrecía. Además, sigue diciendo, será menester regenerar la raza impidiendo los matrimonios de los arios con las razas impuras y la reproducción "de cualquier corrompido o degenerado". Obsérvese que no hay lugar para las ambigüedades, porque los alemanes pudieron, además de lo anterior, leer lo siguiente:

> "[...] el Estado Nacional debe conceder a la raza el principal papel en la vida general de la Nación y velar porque ella se conserve pura" (p. 135).

En educación, el jerarca nazi también tenía ideas sumamente claras: ante todo el objetivo de aquélla será "la formación de cuerpos enteramente sanos" y después ya vendría "el desarrollo de la capacidad mental". En las escuelas, habrá una hora diaria al menos de ejercicio físico y el boxeo (sic) como asignatura obligatoria (p. 138). Hitler no olvida a las mujeres:

su educación también dará prioridad al cuerpo, después al desarrollo del carácter, "viniendo en último término el cultivo de la inteligencia". Pero, ante todo, advierte este "feminista" que el fin absoluto de la educación femenina será "formar futuras madres de familia" (p. 140).

Hasta aquí, pues, unos pocos ejemplos del nivel intelectual –y moral– del genocida. Ciertamente, algo muy complejo tuvo que ocurrir para que un personaje así fuera aclamado por los alemanes. Lo que pasó a partir de 1933 es suficientemente conocido: con un control absoluto del aparato del Estado –y la complicidad de millones de alemanes corrientes– instauró una despiadada dictadura, promulgando leyes encaminadas a la muerte civil, primero, y a partir de 1941, física, de seis millones de personas, la gran mayoría judíos. Los campos de exterminio con sus cámaras de gas y hornos crematorios humeantes día y noche, constituyen el símbolo supremo del infierno desencadenado por el asesino nazi.

El cine y el régimen nazi

Si, como suele decirse, una imagen vale más que mil palabras, es indudable que algunas películas sobre el régimen de Hitler y sobre su personaje, si no sustituyen, ciertamente complementan nuestros conocimientos librescos acerca de su abominable proyecto: son dos formas de conocimiento, dos juegos de lenguaje, que en modo alguno cabe contraponer. Los propios nazis utilizaron el cine como un formidable **instrumento de propaganda.**

Leni Riefenstahl

En septiembre del 2003 murió, a los 101 años, Leni Riefenstahl, una extraordinaria directora de documentales y películas exaltadora del nazismo. Mimada por Göebbels y, según cuentan, cortejada por el mismísimo Hitler, filmó entre otras cosas, *El Triunfo de la Volun-*

tad (1935) y un antológico documental (1938) sobre las Olimpiadas celebradas en Berlín en 1936, con 30 cámaras, 16 operadores y 4 equipos de sonido. De ella dijo Buñuel que sus películas eran ideológicamente repugnantes, pero que estaban fantásticamente bien hechas. Tras la guerra, como tantos otros compatriotas, Leni afirmó que era "apolítica", y que nada supo de los crímenes cometidos, aunque lamentó haberse cruzado en su vida con el genocida. Fue finalmente absuelta de todas las acusaciones en 1952.

Por lo demás, en la historia del cine, desde 1939, son ya imprescindibles un conjunto de películas sobre el régimen nazi, que deberían ser vistas y debatidas por todo el mundo, particularmente por los jóvenes. Recordemos, por mencionar algunos ejemplos, *El Gran Dictador*, estrenada con éxito clamoroso en 1940, coincidiendo con la entrada del ejército nazi en París. Y cómo olvidar, *Casablanca*, *Romeo, Julieta y las tinieblas*, *El Puente*, *Ser o no ser*, *El Extraño* o *Vencedores y vencidos*. Y desde luego, *Shoah* de Claude Lanzmann –acaba de publicarse el texto de esta imprescindible película en Arena Libros, Madrid, 2003– cuyo rodaje duró 11 años y la película 9 horas; o los recientes éxitos de *Conspiracy* sobre la Conferencia de Wansee, *La Vida es bella*, *La Zona Gris*, *La lista de Schlinder*, *Amén*, o *El Pianista*.

Es recomendable la lectura del libro *La memoria de los campos: el cine y los campos de concentración nazi* (Valencia: Ed. de la Mirada, 1999). En esta obra, varios autores plantean inteligentes preguntas acerca del significado mismo de las películas sobre el horror nazi, así como un excelente análisis del juego palabra/ imagen en diversos filmes sobre el holocausto.

LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN NAZIS

Tiene razón Goldhagen: el campo de concentración fue la institución paradigmática del horror nazi, de la destrucción, de la muerte. El campo, entiéndase bien, en modo alguno puede asimilarse a una cárcel. En los campos nazis no existían restricciones legales. El llamado *imperio de la ley*, ya de por sí totalmente arbitrario en el régimen hitleriano, se detenía justamente a las puertas de aquellos infiernos. Fue un diabólico invento de los nazis puesto en funcionamiento a los pocos meses de alcanzar el poder.

Con motivo del incendio del Reichstag, se construyeron los primeros campos para encerrar a los 2.500 comunistas, sindicalistas y socialdemócratas detenidos. En muchas ocasiones eran adaptaciones de antiguos edificios como asilos o fábricas abandonadas, como fue el de Dachau, en las afueras de Munich. Allí precisamente llegó en el verano de 1933, recién inaugurado, el siniestro Teodoro Eicke, un ex paciente de un psiquiátrico, cuyo certificado de su supuesta recuperada salud mental iba firmado por Werner Hiede, el futuro organizador del Programa Nacional de Eutanasia. Dachau, bajo el mando de Eicke, funcionó a modo de "academia de terror" para futuros comandantes de otros campos (Burleigh, p. 233).

El citado Goldhagen ha insistido en la peculiar naturaleza de los campos de concentración como un "sistema" que

funcionaba según sus propias regulaciones; "era otro planeta" con las siguientes funciones y características:

1) Asesinar y castigar a los enemigos del régimen: comunistas, gitanos, homosexuales, eslavos, judíos, etc.

2) En los campos imperaba la voluntad del amo sin ningún límite. La crueldad de los verdugos alcanzaba a todos los grupos aunque con diferentes gradaciones: atroz con los judíos y gitanos, un punto menor respecto a eslavos (rusos, polacos...) y algo mejor con europeos occidentales y meridionales.

3) Como en el célebre experimento de Zimbardo en la "prisión" de la Universidad de Standford, las víctimas eran sometidas ante todo a un implacable proceso de "desindividualización": cabellos rapados, el mismo uniforme, pérdida de cualquier señal identitaria. En Auschwitz no había nombre, sólo un número tatuado en la piel. Tan amorfo colectivo era diabólicamente convertido así en una masa de infrahumanos; y que por tanto no merecía ser tratada con humanidad, confirmando de este modo la "profecía autocumplida".

4) Los campos fueron el espacio más adecuado para llevar a cabo esa "transmutación de los valores" –de inspiración nietzscheana– que el nazismo proyectó en su delirante empresa. Porque en los campos se intentó forjar el "nuevo orden social nazi" contrario a los anteriores valores culturales de Occidente. Aún más: Goldhagen acierta cuando califica tal proyecto como "destructor" de la civilización.

De esta suerte, los campos fueron una institución "revolucionaria" en donde los antiguos ideales morales cristianos e ilustrados sencillamente desaparecieron. El racismo nazi instauró allí normativamente, no incidentalmente, el odio y la crueldad para con los "seres inferiores" y la jubilosa exaltación de su sufrimiento. Fue, hay que repetirlo, la violenta negación

de los valores básicos de la civilización europea (Goldhagen, 1997, p. 599 y ss.).

Así las cosas, carece de importancia la distinción que suele hacerse entre los campos según fueran de exterminio –Chelmno, Belzec, Sobibor, Treblinka–, de exterminio y concentración –Auschwitz-Birkenau, Majdanek–, de concentración –Mauthausen, Dachau, Buchenwald– de tránsito para otros campos –Werterbork– o campos "modelo" para exhibición pública propagandística –una veintena en diversos territorios: en todos ellos, aunque no hubiera cámaras de gas, murieron miles de prisioneros por enfermedad, malos tratos, fusilados o, sencillamente, de hambre.

Las deportaciones

Como antes quedó dicho, los campos de concentración fueron creados casi inmediatamente a la subida de Hitler al poder para encerrar a los enemigos políticos del régimen nazi. Fue, sin embargo, ya bien comenzada la guerra cuando empezaron a construirse decenas de grandes campos de trabajo y exterminio, sobre todo en Europa oriental: entre 1941 y 1942 se crearon, por ejemplo, en Polonia, Treblinka, Sobibor, Auschwitz y Majdanek. El infernal proceso comenzaba con las deportaciones.

Centenares de miles de víctimas fueros trasladados en trenes, como animales, en esos años. Con anterioridad, el jefe local de la Gestapo recibía instrucciones respecto al número de deportados y fecha de salida de los convoyes. Los líderes de las respectivas comunidades judías solían comunicar a los desventurados incluidos en las listas las instrucciones respecto al lugar y día de la partida, así como las mínimas pertenencias que podían llevar consigo: mantas, 60 marcos, algo de comida y maletas de 50 kg como máximo. Llegada la fecha, eran

confinados en algún espacio vigilado por un fuerte despliegue de policías y miembros de las SS. Allí, tras registrarles, se les requisaba dinero, joyas, medicinas, ropa "prohibida", etc., no contempladas en las instrucciones. Tras dormir algunas noches en el suelo –sin calefacción, pero ocasionalmente con serrín–, llegados los trenes, entre gritos y golpes, todos (ancianos, enfermos, mujeres, niños) eran hacinados en vagones de transportar ganado.

Como veremos más adelante al hablar de los "alemanes corrientes", es evidente que las deportaciones eran públicas y que todos veían desfilar por las calles a aquellos infelices, aunque es dudoso si sabían que su destino eran los hornos crematorios.

Los testigos

La bibliografía sobre los campos de concentración hitlerianos es muy desigual por lo que respecta al comportamiento de víctimas y verdugos. Al aproximarse su derrota final, los nazis destruyeron documentación, fotografías y películas de la mayoría de los campos de exterminio. Pero, para saber qué ocurrió en aquellos infiernos, contamos con los valiosos testimonios de algunos supervivientes. Los "testigos" son aquellos que salieron de los campos según dijo uno de ellos, Primo Levi, "ni más sabios, ni más profundos, ni mejores, ni más humanos".

Sus nombres son de sobra conocidos: Robert Antelme, Imne Kertesz (Premio Nobel 2003), Paul Celan, Jean Amery, Tadeus Borowsky, Elie Wiesel, Jorge Semprún, Joaquim Amat-Piniella, Simon Wiesental, etc. Todos ellos han descrito sus experiencias a través de cartas, diarios, novelas o ensayos. Particular interés tienen los testimonios de Semprún y Amat-Piniella. La novela de este último, titulada *K.L. Reich* ha apare-

cido completa (Barcelona: El Aleph, 2002) sin los cortes que introdujo la censura franquista.

También son recomendables los libros de Montserrat Roig sobre los padecimientos de ciudadanos catalanes en los campos nazis. Especialmente estremecedora es la obra titulada *Cartas de condenados a muerte, victimas del nazismo* (Barcelona: Laia, 1972). Además de aportar datos numéricos de víctimas de la matanza, recoge más de cien cartas de despedida de prisioneros poco antes de ser asesinados. Espléndido prólogo de Thomas Mann.

La vida en los campos

Tras viajar amontonados –a veces durante días– en condiciones difícilmente imaginables, una vez llegados al campo, eran sometidos a nuevas humillaciones entre renovados golpes e insultos. De pie, a la intemperie, eran rapados al cero, vestidos con el uniforme y a partir de entonces "bautizados" con un número. Se levantaban a las 4:15 h en verano y una hora más tarde en invierno. Los trabajos eran diversos: picar piedra, hacer ladrillos, cavar zanjas, clasificar ropas de los asesinados en las cámaras, excavar búnkeres subterráneos, etc. La comida, por supuesto, era escasísima y mala: apenas un aguachirle con trozos de patatas y pedazos de cabeza de vaca con dientes, pelo y ojos; o un panecillo con embutido.

> La jornada incluía un constante rosario de desgracias y crueldades inauditas: guardias que lanzaban gorras de prisioneros por encima de los cables limítrofes para que sus compañeros de las atalayas les dispararan cuando iban a recuperarlas. En Mathausen despeñaban a los prisioneros al borde de las canteras –los llamaban *paracaidistas*– para distraerse (Burleigh, 2002). O, sin llegar a ser asesinados, aquellos desdichados eran obligados a realizar tareas absurdas con el solo fin de humillarles: correr con zuecos entre golpes y risotadas, llenar sus bolsillos y gorras con piedras y transportarlas de un

sitio a otro del campo, descargarlas y otra vez llevarlas a otro sitio y así sucesivamente.

En los campos, intentar la fuga e incluso las faltas más leves, como hurtar un panecillo, podían acarrear la muerte. Y en cualquier caso, los castigos eran constantes: encierros indefinidos en un búnker, palizas con látigos con bolitas de hierro, horas en pie descalzos sobre la nieve, presenciar ahorcamientos públicos… Hay miles de testimonios de crueldad en verdad inimaginable.

Un último ejemplo, para cuya calificación no existen palabras: un jefecillo nazi del taller textil de un campo polaco de trabajo –no de exterminio– llamado Wirth irrumpía con frecuencia montado a caballo en medio de un grupo de prisioneros y hacía que el animal –el de cuatro patas– los coceara matando a algunos. Pero hizo más: había en el taller un niño judío de 10 años al que esta bestia colmaba de atenciones y regalos, incluido un caballito. Pues bien, mediante ese tipo de sobornos, logró que el niño, montado en su pequeño caballo y vestido con un uniforme de las SS hecho a medida, disparara junto a él contra 50 ó 60 judíos, entre ellos mujeres. Y algún testimonio hay de que la criatura incluso mató a sus padres. Hay que reconocer que en efecto, aquello fue la transmutación de todos los valores civilizatorios (Goldhagen, 1997, p. 390).

El nazismo y la mano de obra judía

En relación con los campos de trabajo, se ha debatido mucho acerca de un hecho difícilmente comprensible desde el punto de vista de la "eficacia" organizacional. Resulta que sobre todo en los últimos meses, antes del final de la guerra, el régimen nazi necesitaba gran cantidad de mano de obra para su maquinaria productiva bélica, en irreversible declive. No se entiende, en principio, el desperdicio de trabajadores judíos en tan crítica situación. Tratados brutalmente, hambrientos, humillados realizando tareas absolutamente inútiles,

> ¿cómo podían rendir mínimamente estas personas? Para responder, hay que recurrir una vez mas al fondo básico de las creencias antisemitas nazis. Goldhagen lo argumenta muy claramente: al esclavo se le exige rendimiento; al judío no, porque no era humano. Transportaban de aquí a allá piedras antes de ser asesinados, ¿cómo explicar tal irracionalidad?
>
> Por su profundo odio antisemita: primero, la vida del judío, literalmente, no valía nada. Aunque para una mente normal sea difícil de entender, para los nazis los judíos no eran humanos, eran "vivos socialmente muertos" escribe Goldhagen. Por eso fue tan colosal el genocidio: la inhumanidad de las víctimas facilitaba su exterminio.
>
> En segundo lugar, la ideología antisemita incorporaba otras creencias: el judío debía sufrir en tanto esperaba la muerte merecida. Esto era un componente cognitivo fundamental que hacia irrelevante toda consideración acerca de procedimientos eficaces.
>
> En tercer lugar, como Hitler había proclamado una y otra vez desde *Mi Lucha*, los judíos eran parásitos, vagos por naturaleza; obligarlos a hacer algo, aunque fueran tareas improductivas, ya era causa de su sufrimiento.
>
> En definitiva, tal y como dijo el sanguinario Heydrich en la conferencia de Wansee en enero de 1942: "los judíos serán reclutados para trabajar e indudablemente gran número de ellos serán eliminados por el desgaste natural"; y los que milagrosamente sobrevivieran serían asesinados, naturalmente. Y es que el odio antijudío configuró la consideración nazi sobre la productividad de la mano de obra judía. Prevaleció la ideología sobre el cálculo racional económico (Goldhagen, 1997, p. 400 y ss.).

Aunque como ya hemos mencionado, establecer diferencias entre los campos puede ser incluso obsceno –en todos ellos hubo terror y muerte–, los llamados *campos de exterminio* se nos aparecen como particularmente espantosos. Y de todos ellos, y como símbolo máximo del mal absoluto, el de Auschwitz-Birkenau. Creado en septiembre de 1941, con varios campos satélites, ya desde esa fecha se practicaba el exterminio en las cámaras de gas. Se calcula que allí fueron asesinadas 1.100.000

víctimas, de las que sólo 120.000 eran judíos. Pero también era un complejo industrial en el que trabajaron decenas de miles de personas antes de ser aniquiladas.

El comandante de Auschwitz desde mayo de 1941 hasta diciembre de 1943 fue una alimaña llamada Rudolph Höss. De semblante bondadoso y aparentemente excelente marido, llegó a ser felicitado por sus superiores en 1944 por haber aportado a los campos "nuevas ideas y métodos de educación". Este eficiente verdugo escribió una especie de autobiografía en la que confiesa ser una persona absolutamente normal, cumplidor de su deber y carente de sentimientos de odio hacia los judíos. Solo le preocupaba cumplir los objetivos que sus superiores le habían fijado. Se muestra también orgulloso por haber sido el primero en utilizar el gas Zyklon B en las cámaras de la muerte. Y deja constancia de que nunca presenciaba los asesinatos y que no soportaba ver los fusilamientos (Wistrich, 2002, p. 346 y ss.).

Por Auschwitz pasaron personajes tan perversos como Adolf Eichmann o el doctor Joseph Mengele, un joven investigador que realizaba experimentos científicos con judíos vivos: determinando los umbrales máximos de resistir conscientemente al dolor antes de perder el sentido o morir. Pero su gran programa de investigación fue la experimentación con gemelos para crear una raza de arios puros, de ojos azules, pelo rubio, etc. Asesinó personalmente a muchos presos inyectándoles petróleo, aire o cloroformo. Y era él, quien, en el proceso de selección de los sujetos para sus investigaciones, señalaba con un leve movimiento de su bastón a quienes debían ir a las cámaras de gas. Al parecer era un gran amante de la música clásica (Wistrich, 2002, p. 349).

El comportamiento en los campos

Comenta Norbert Elias que en la Segunda Guerra Mundial la sensibilidad hacia las personas que morían se evaporó claramente con bastante rapidez en la mayoría de la gente. Y añade, hablando de los campos de exterminio nazis, que el modo como pudieron asimilar psicológicamente aquel horror quienes estuvieron allí es una "cuestión no decidida" que merece ser investigada a fondo. En efecto, por testimonios de los supervivientes sabemos de la inaudita crueldad de los verdugos, pero ignoramos muchas cosas acerca de las reacciones detalladas de las víctimas. Entre otras cosas, como veremos inmediatamente, porque en los campos había una suerte de estratificación social incluso entre los prisioneros, y el comportamiento de un sector de éstos constituye una desoladora muestra de hasta por qué abismos podemos despeñarnos los seres humanos en determinadas circunstancias.

Aparte de películas, novelas, autobiografías, etc., la documentación "científica" más conocida sobre la vida en los campos proviene de las publicaciones realizadas por un superviviente profusamente citado, Bruno Bettelheim, quien en 1943 publicó un celebérrimo artículo en el *Journal of Abnormal Social Psychology* –la revista editada por Gordon W. Allport– titulado "Individual and Mass Behavior in extreme situations".

El autor, un judío de clase media nacido en Viena, participó siendo joven en movimientos políticos de izquierda. Estudió Psicología y Filosofía en su ciudad natal doctorándose con una tesis sobre estética. Frecuentó los círculos psiconanalíticos vieneses, conoció a Otto Fenichel y Franz Alexander y se psicoanalizó con Richard Sterba. Tras la anexión de Austria por Hitler, huyó de Viena, pero en la frontera fue detenido, aunque dejaron en libertad a su esposa. Tras ser interrogado y puesto en libertad varias veces, finalmente fue enviado al campo de Dachau en mayo de 1938 y luego al de Buchenwald durante un año aproximadamente.

En su trabajo, Bettelheim establece los cuatro objetivos que los nazis se proponían alcanzar mediante la tortura a los prisioneros:

- En primer lugar, quebrantar su identidad individual y convertirlos en masas dóciles sin capacidad de resistencia.
- En segundo término, extender el terror entre el resto de la población.
- En tercer lugar, suministrar a la Gestapo hombres "entrenados" en prácticas "inhumanitarias".
- Finalmente, experimentar acerca del mínimo de alimentación necesaria para sobrevivir y rendir en el trabajo.

A continuación, Bettelheim va relatando las etapas por las que atravesaban los prisioneros desde que emprendían el viaje hasta las diferentes respuestas de los recién llegados a los veteranos (Bettelheim, 1943).

En un implacable artículo crítico, Feck y Müller (1997) han puesto de manifiesto las inconsistencias y contradicciones existentes en los trabajos de Bettelheim, en cuyos pormenores no es posible detenerse ahora. Digamos tan sólo que pasaron tres años cuando, ya en USA y siendo profesor en la Universidad de Chicago, Bettelheim publicó el artículo anteriormente citado, tras ser rechazado anteriormente por varias revistas por no ser "formalmente" suficientemente científico (dice Bettelheim). De hecho, un sociólogo, en *The American Sociologist*, censuró el artículo porque Bettelheim lo había escrito ¡sin la autorización del staff del Campo! El trabajo se publicó varias veces más con distintas modificaciones y títulos. En 1960 apareció un libro –*The Informed Heart*– y en 1979

otro, titulado *Surviving and other essays*, cuyo núcleo argumental continúa siendo el artículo de 1943.

Si los trabajos de Bettelheim han sido tan leídos y citados es, probablemente, por su descripción –cambiante como decimos–, de la "estructura de clases" de los campos de concentración. En síntesis, y sin entrar en detalles, Bettelheim reveló las siguientes cosas:

1) En el Campo, según la razón de la condena –indicada por un distintivo de color en el uniforme–, el nivel de educación política y la clase social, existía una "estructura social": prisioneros políticos, judíos políticos, testigos de Jehová, delincuentes profesionales, antisociales y culpables de vulnerar leyes racistas.

2) Los campos cumplían las cuatro funciones anteriormente citadas.

3) Había diferentes tipos de comportamientos entre los prisioneros: privados, generados por el propio campo, y comportamientos grupales. Existían grandes diferencias en la conducta entre los "veteranos" y los recién llegados. Los primeros presionaban a éstos para que cumplieran exactamente las normas pues su quebranto acarreaba el castigo para todo el grupo, no sólo para el infractor.

4) Hubo prisioneros que se "identificaron" con los valores de la Gestapo, y no sólo imitando su conducta y apariencia externa, sino con comportamientos más profundos aún. Así, a modo de síndrome de Estocolmo, trataban agresivamente a presos "no adaptados" y defendían las ideas de la ideología nazi.

5) Entre las víctimas, había notorias diferencias en la capacidad de resistencia, aunque Bettelheim no define ni señala qué entiende por ésta.

Tal como mencionamos, los trabajos de Bettelheim han sido objeto de numerosas críticas cuyos pormenores se hallan recogidos en el antes citado artículo de Feck y Müller (1997).

Además de los valiosos y dramáticos testimonios directos de los supervivientes, se cuenta con algunos estudios sobre el "síndrome de los campos" realizados a partir de entrevistas con ex prisioneros. En general hay una constancia en los síntomas, sobre todo en cuanto se refiere a los "motivos básicos" citados en cualquier *teoría jerárquica* de las necesidades humanas: hambre –hambre sobre todo–, enfermedad latente, alteraciones de la personalidad, depresión y envejecimiento prematuro. Y lo peor, una vez en libertad perduran los trastornos emocionales con altos niveles de divorcio, alcoholismo e incluso suicidio (Ryn, 1990a).

Según confiesan los supervivientes, en los campos aprendieron lo que "realmente" es el hombre, más allá de las apariencias y de las conductas en escenarios normales. Se dieron casos de muertes a los pocos días de ingresar tras un rápido deterioro psicosomático al colapsarse todos los mecanismos de defensa. Un factor crítico en la "estrategia adaptativa" –de mera supervivencia– a aquel infierno era lo que ahora se denomina el *apoyo social*, aunque no era fácil encontrar esas redes debido a la cruel voluntad de los nazis de impedir su fundación. Por lo demás, la constante amenaza a la propia vida –entrar en la cámara de gas podía ser esa misma tarde o dentro de unas semanas– causaba un devastador impacto en los valores y personalidad.

La liberación no significó, ni mucho menos, la felicidad. Arrastraban comportamientos inhumanos y miraron el mundo con recelo y desconfianza incapaces de reestablecer vínculos profundos con familiares y amigos. Incluso se sentían rechazados. En cuanto a la personalidad se refiere, la estrategia de "desindividulización" nazi utilizó al límite algunos medios

luego manejados en la experimentación psicosocial, por ejemplo el de la Universidad de Standford: uniformación en el vestir, utilización de números en lugar de nombres, recompensa por conductas inmorales, etc. En los cambios de personalidad había fases diferentes:

- primero, un debilitamiento de los mecanismos de defensa;
- luego, la aparición de humores depresivos y grave deterioro de la vitalidad;
- finalmente, tal y como revelan los artículos publicados a partir de 1950, aparecían las alteraciones mentales (Ryn, 1990a).

Asimismo, aunque en menor medida, hay estudios realizados con hijos de ex prisioneros; esta *segunda generación*, como la llama Ryn, poseía un conjunto de síntomas fisiológicos y orgánicos patológicos superior a los de los niños de padres no prisioneros. Parece que la patología paterna les fue trasmitida de algún modo que las investigaciones no precisan.

Por su parte, García Sabel recoge las revelaciones de Viktor Frankl, otro superviviente de Auschwitz que, como hizo Bettelheim –junto a Michel, Cohen, Gilbert, etc.– escribió desde 1946 varias obras sobre su experiencia en el Campo. De todos estos testimonios, una de las más interesantes informaciones se refiere a la secuencia de (mal)adaptación de los prisioneros a aquel infierno. Concretamente se distinguen tres sucesivas etapas:

1) En la primera, junto al asombro y miedo suscitados por el entorno, las conductas eran apáticas, pasivas, como si aquello no fuera con uno mismo. También había episódicos estados de cólera alternados con abatimiento.

2) Más adelante, surgían leves intentos de no rendirse, con estrategias diversas, por ejemplo, deformar la vivencia del tiempo.

3) En tercer lugar, aunque no era una reacción mayoritaria, una profunda depresión y abdicación de las identidades, con entrega incondicional y vuelta a estadios evolutivamente anteriores –"la regresión psicoanalítica".

Y desde luego, la conciencia generalizada de que sus vidas no tenían otro horizonte inmediato que la muerte: allí estaban los hornos humeantes y el olor a carne quemada. Pero afirma Frank que esa certeza era más "soportable" que el estado de incertidumbre (Frankl, 1986; García Sabel, 1999, pp. 122-131).

Al tratar de los campos nazis, es inevitable mencionar a una categoría de prisioneros cuyo suplicio allí fue particularmente horroroso. Son los denominados *musulmanes –cuerpos andantes* los llama Bettelheim y para Reyes Mate (2002) son los *testigos integrales*; suprema y probablemente insuperable muestra de lo que es la inhumanidad. Los *musulmanes* se encontraban en el último escalón de deterioro biosocial previo a la muerte. De hecho se les ha descrito como aquel prisionero que, existencialmente vivo todavía, estaba cruzando las puertas de la muerte. Aunque no ha recibido excesiva atención "científica" en la literatura sobre el genocidio, sus específicas y terribles circunstancias han sido constantemente aludidas. El hambre –un hambre feroz– parece que era lo más distintivo de los *musulmanes*, ese motivo, como bien se sabe, presente en todas las "listas" de las necesidades básicas.

> Precisamente en el gueto de Varsovia –el que reproduce la película *El pianista*– médicos y estudiantes de Medicina judíos escribieron un libro sobre el hambre en 1942. De los 26 miembros de "equi-

pos" sólo dos lograron salir vivos tras la guerra. En esta obra, eso sí, sin control de las variables importantes, describen los devastadores efectos físicos del hambre –seres humanos adultos con 24 kilos de peso– y mentales: indiferencia, pérdida de memoria, total desinterés por el entorno, altísima irritabilidad, con frecuente lloriqueo, etc.

Pues bien, como hemos dicho, el *musulmán* era el máximo representante del último paso a la muerte por inanición. Una investigación realizada con 63 hombres y 23 mujeres ex prisioneros de distintos campos de trabajo reveló los específicos comportamientos de aquellos desdichados. Respecto al nombre, parece que *musulmán* fue un calificativo que designaba a aquellos prisioneros cuasi dementes, absolutamente pasivos y con mugrienta apariencia. Postrados física y mentalmente, los otros prisioneros decían de ellos: "puedes pegarles y no reaccionan, les hablas y no comprenden". El retrato que dibujaban los encuestados es espeluznante: famélicos, indiferentes al entorno, con expresión ausente, ojos sin brillo, como mensaje de la muerte inminente; voz trémula, lentísima, chillona, lastimera o agresiva.

"El hambre les hizo inhumanos: nunca actuaban desde supuestos racionales; ocasionalmente se reunían en un pequeño grupo en silencio y si hablaban era para referirse, con monosílabos, a la comida. Eran muertos vivos, sin poder recordar nombres ni sumar tres dígitos. Nunca ofrecían resistencia a quienes les pegaban o humillaban. Los *musulmanes* supervivientes –ciertamente escasos– afirmaron que es imposible imaginar ese estado sin haberlo vivido: es una especie de sueño en el que sólo esperas la muerte. Aunque quizá por su 'perseverancia en su ser' la situación no les llevaba al suicidio. Y también porque seguramente no tenían ni fuerza para matarse."

Z. Ryn (1990). Between Life and Death: experiences of concentration camp mussulmen during the Holocaust. *Genetic, Social and General Psychology Monographs,* 116 (1), 5-19.

En la película *La Zona Gris* –que reproduce estremecedoramente un campo de exterminio– asistimos a la actuación de los *sonderkomando*. Eran grupos de prisioneros, cuyo trabajo consistía nada menos que en conducir a los otros presos a las cámaras de gas y después introducirlos en los hornos crematorios –en la película un preso lo hace con el cadáver de su mujer– previo arranque de los dientes de oro de los cadáveres. Por esta tarea recibía algunos privilegios de los guardias nazis, de modo circunstancial, ya que ellos mismos morían después en las cámaras. Como dice Primo Levi, en estado de esclavitud siempre habrá algunos seres humanos que traicionarán la solidaridad con sus iguales a cambio de algunas ventajas. Y en este rol, naturalmente, serán crueles y descargarán sobre ellos el odio que sienten por los verdugos. Escribe Levi: "haber concebido y organizado [los *sonderkomando*] ha sido el delito más demoníaco del nacional-socialismo" (Agamben, 2002, p. 24).

Antes de concluir este apartado y como prolongación al análisis de los campos, un comentario, una muestra más de la crueldad nazi: las "marchas de la muerte".

La historia documentada de estas marchas está aún por escribir. Aunque los brutales traslados a pie de un campo a otro comenzaron nada más empezar la guerra, fue durante los últimos meses antes de la derrota cuando las marchas se intensificaron y adquirieron su carácter de estremecedor espanto. Fue en verano de 1944 cuando, queriendo destruir pruebas, Himmler ordenó la evacuación de los campos a los que se aproximara el ejército enemigo, y que, en el caso de que eso fuera imposible, se matara a los prisioneros y se quemaran sus cadáveres. En enero de 1945 había más de 500.000 hombres y 200.000 mujeres en los campos de concentración tras la matanza de casi 6.000.000 de prisioneros. A partir de entonces, miles de personas fueron obligadas a caminar por

carreteras heladas dejando a su paso un rastro de cadáveres. Aunque, como se advirtió más arriba, se sabe poco acerca de estas marchas, contamos con algunos hechos suficientemente conocidos.

> Se calcula que durante los últimos meses y semanas antes del fin de la guerra perecieron en estos traslados entre 250.000 y 375.000 personas, muchas de ellas no judías. Más concretamente, se conocen detalles de algunas marchas: un traslado iniciado a mediados de enero de 1945 desde Auschwitz de unas 3.000 personas duró 6 semanas. Llegaron al lugar de destino 280. En la evacuación del campo de Mittelbau-Dora, hubo 11.000 muertos camino del campo de Bergen-Belsen (Gellatey, 2002, pp. 327-339). Casi mil mujeres fueron trasladadas desde el campo de Schlesiersee a un lugar situado a 90 km. El viaje duró 8 o 9 días y 150 murieron por el camino, 20 exhaustas y las otras 130 asesinadas por los alemanes por retrasar la marcha. De otro campo de Baviera salieron 590 mujeres no judías y 580 judías escoltadas por 22 hombres y 25 mujeres provistos de fusiles ellos y de varas ellas. Unas 200 mujeres enfermas eran llevadas en carros. Caminaban entre 14 y 20 kms diarios con una comida al día y en ocasiones ninguna. Algunas llegaron a comer hierba. Dormían en establos o al raso. Murieron 178 durante los 22 días de marcha, 49 de ellas fusiladas al no poder caminar (Goldhagen, 1997, pp. 409 y ss.).

Los homosexuales en los campos

Ya desde los tiempos de la unificación alemana, el Código penal de 1871 castigaba la homosexualidad con penas de cárcel. Con la llegada de los nazis al poder, las cosas fueron a peor para la homosexualidad masculina, ya que, curiosamente, nunca se promulgaron leyes contra el lesbianismo. Hubo redadas y detenciones intensificadas a raíz de la "noche de los cuchillos" en junio de 1934 durante la cual fueron desmanteladas las SA, con su jefe Röhm al frente, éste mismo con reputación de homosexual. Parece que unos 50.000 homosexuales

fueron condenados por los tribunales nazis y entre 5.000 y 15.000, internados en campos de trabajo. Himmler calculó en 1937 que en Alemania había 2 millones de homosexuales. Afirma Johnson (2002, p. 328) que la persecución de la homosexualidad por los nazis no fue "sistemática ni completa", probablemente porque entre los propios nazis había muchos homosexuales.

Hay un libro, desde luego recomendable, titulado *Los hombres del triángulo rosa. Memorias de un homosexual en los campos de concentración nazis* (Amaranto Editorial, 2002). Su autor, Heinz Heger, cuenta las memorias de Joseph K., un homosexual austriaco que prefirió el anonimato, y que pasó seis años en un campo nazi. En el libro, además de sus relaciones homosexuales con jefes nazis –que salvaron su vida– cuenta cómo en Flossenbürg los homosexuales eran obligados a visitar un burdel montado con diez desgraciadas judías y gitanas de otros campos a las que se prometió la libertad tras hacer de prostitutas (luego fueron enviadas a Auschwitz tras seis meses de calvario). Los infelices prisioneros escuchimizados pagaban dos marcos por acostarse con una pobre chica que, levantando las piernas, les pedía rapidez. Mientras, los guardias de las SS miraban por los agujeros que habían hecho en las puertas.

Un buen análisis de las relaciones entre nazismo y homosexualidad se encuentra en el número 5 del primer semestre del 2003, de la revista *Orientaciones. Revista de Homosexualidades*. Digamos, por último, que en diciembre del 2003 la Cámara Baja del Parlamento Alemán aprobó la construcción de un monumento en recuerdo de las víctimas de la persecución nazi por su condición homosexual.

La industria del holocausto. Reflexiones sobre la explotación del sentimiento judío

Dentro de la amplísima literatura sobre el genocidio nazi, ha sido especialmente polémico el libro publicado por Norman G. Finkelstein, *La industria del Holocausto. Reflexiones sobre la explotación del sentimiento judío* (Madrid: siglo XXI de España, 2002). Traducido a más de doce idiomas, se han vendido miles de ejemplares en todo el mundo; menos en Estados Unidos, donde tuvo lugar una organizada campaña de silencio cuando se publicó la obra. La razón, dice Finkelstein, es porque Estados Unidos es "la sede central de la industria del holocausto". En efecto, en el libro hay una denuncia convincentemente argumentada sobre la manipulación ideológica, económica y moral de un hecho innegable –el holocausto (con minúscula)– por parte de una representación ideológica –el Holocausto– (con mayúscula). Su objetivo sería el de servir los intereses políticos y de clase de una temible potencia militar, el Estado de Israel, mostrándose como estado víctima. A lo largo de la obra, Finkelstein revela cómo ha variado la interpretación del holocausto por las elites judías desde el final de la guerra al hilo de los intereses políticos de Estados Unidos y de la propia "cultura de victimización" del Estado israelí.

LAS RESPUESTAS CIUDADANAS EN EL TERCER REICH

Los judíos alemanes

Cuando se analiza la literatura que trata sobre la reacción de la población judía ante la evidente amenaza nazi, lo primero que sorprende es su generalizada percepción de que la situación no era realmente grave y había, por cierto, datos sumamente inquietantes sobre los que conjeturar razonablemente que el partido hitleriano era radical y violentamente antijudío. Sin ir más lejos, sólo había que leer el punto cuatro del Programa Oficial del Partido Nazi aprobado el 25 de febrero de 1920 en Munich –un programa "inalterable"– que decía lo siguiente:

> "Nadie, fuera de los miembros de la Nación, podrá ser ciudadano del Estado. Nadie, fuera de aquéllos por cuyas venas circule la sangre alemana, sea cual fuere su credo religioso, podrá ser miembro de la Nación. Por consiguiente, ningún judío será miembro de la Nación."
>
> Hitler (s.f., p. 246).

En abril de 1933, sólo dos meses después de subir al poder, los nazis ya organizaron boicoteos contra comercios y negocios judíos; en ese mismo mes promulgaron la Ley de la Función Pública Profesional, por la que se excluía a los judíos

de la enseñanza y todo puesto público, y en mayo, Goebbels organizó una quema de libros de autores judíos. En septiembre de 1935 se aprueban las Leyes de Nüremberg, según las cuales se privaba a los judíos de la ciudadanía alemana y se les prohibía el matrimonio con ciudadanos alemanes.

El acoso y persecución fue constante y progresivamente más intenso. Tras un paréntesis "estratégico" con motivo de la celebración de las Olimpiadas de 1936, en la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938 acontece el gravísimo episodio conocido como la *noche del cristal*: las SA las SS y la Gestapo profanan prácticamente todas las sinagogas judías, incendian miles de establecimientos y comercios y saquean numerosas casas. Son asesinados 91 judíos y detenidos 30.000 que son enviados a campos de concentración. La comunidad judía es multada por "ser la causa" de los incidentes. ¿Cuál fue la reacción de la población judía ante estos hechos?

Como respuesta a esta pregunta, Zuckerman (1984) comienza constatando un dato escalofriante: a mitad de los años treinta vivían en Europa, de los Urales hasta el Atlántico, unos 9 millones de judíos. En 1945 lo hacían menos de 3 millones. Ante los obvios peligros que suponían las actuaciones y leyes mencionadas –y muchísimos otros acontecimientos que no cabe pormenorizar– los judíos no respondieron de forma homogénea. Se ignoran, además, porcentajes, pero algunos autores creen que sobre un 20% decidió huir de Alemania. La inmensa mayoría continuó su vida cotidiana a pesar de lo que estaba ocurriendo. Simplemente esperaban sin tomar ninguna decisión. Afirma Zuckerman que el estudio de las conductas individuales de los judíos durante el régimen nazi debe prescindir de consideraciones abstractas para centrarse en la lógica particular de las personas concretas. Se trataba de (sobre)vivir en un clima de altísimo acoso social calculando cuál sería la conducta más apropiada. Un ejemplo concreto es recogido

por este autor al hilo del relato que hace Eli Wiesel, un excepcional testigo superviviente del holocausto.

> Al final de 1942 –entonces Wiesel tenía 12 años– llega a la localidad donde éste vivía un maestro, que, milagrosamente, logró escapar de un campo de exterminio. Éste cuenta el horror que había vivido, pero nadie le creyó. Los judíos del pueblo no se inmutaron y continuaron viviendo sin mayor preocupación. Llegaron noticias de la derrota del ejército alemán en Stalingrado y se extendió la creencia de que el fin de la guerra estaba próximo. Wiesel propone a su padre la huida, pero éste se niega argumentando que es demasiado viejo para comenzar otra vida en otro país. Al poco tiempo llegaron los nazis y encerraron a todos los judíos en un gueto rodeado de alambres con espinas. Pero los judíos tampoco se asustaron realmente; allí confinados se creían a salvo. Organizaron la comunidad con su propio Consejo, Policía, Asistencia Social, etc. Vivían en paz, fraternalmente, puntualiza Wiesel. Nadie protestaba ni intentó escapar del gueto, empresa nada fácil por otra parte. Finalmente, la mayoría de ellos fueron deportados a campos de exterminio.

En Budapest, y es otro ejemplo, gran parte de la población judía creyó que "estarse quieto", no hacer nada, era la mejor estrategia tras la ocupación nazi. Incluso cuando comenzaron las deportaciones a Auschwitz había optimismo (?) entre los líderes judíos.

En Alemania, entre 1933 y 1941 huyó el 70% de los judíos y también el 70% en Austria entre 1938 y 1941. Ciertamente huyeron los que poseían dinero, visados, pasaportes y un lugar a donde ir; huían sobre todo los que tenían menos de 40 años. En Europa del Este, la mayoría judía interpretó contradictoriamente el peligro nazi: la ignorancia se combinó con un optimismo injustificado. Muy pocos anticiparon las matanzas posteriores y la mayoría permaneció sin hacer nada junto a la familia.

El destino final de la mayor parte de los judíos es de sobra conocido. Desde 1940 se crean gigantescos guetos, por ejemplo en Lodz (160.000 judíos), o el de Varsovia (500.000) –en el que transcurre la película *El pianista*. Se amplía el campo de Auschwitz, se construyen nuevos campos de exterminio y los feroces escuadrones especiales de ejecución (*Einsatzgruppen*) se desplazan de unos lugares a otros asesinando masivamente por medio de fusilamientos, gaseamientos en camionetas y otros procedimientos. Policías y "voluntarios" locales colaboraban frecuentemente en las masacres. Así murieron unos 2.000.000 de judíos en Polonia, Rusia y países bálticos. En julio de 1941 comienza a planearse la llamada *Solución Final* al problema judío. Rinhard Heydrich, siguiendo órdenes de Goering convocó el 20 de enero de 1942 la célebre conferencia de Wansee. En apenas un par de horas se tomó la decisión: la aniquilación total de los judíos europeos.

Los ciudadanos "corrientes"

Como suele ocurrir tras la caída de las dictaduras, después de la guerra muchos alemanes se exculparon de las atrocidades cometidas por Hitler; pero hay un acuerdo generalizado entre los estudiosos del nazismo en el que una gran mayoría de alemanes apoyó de un modo u otro al régimen nazi. No por convicción ideológica, probablemente, pero es evidente que Hitler creó empleo, recuperó el orgullo nacional y la gran masa de ciudadanos alemanes no judíos no se sintió amenazada por el terror nazi.

Ahora bien, como argumentan Johnson y Goldhagen, si la Gestapo funcionó tan eficazmente, fue por la activa colaboración de los ciudadanos corrientes con sus denuncias –frecuentemente anónimas, por cierto. Amplios sectores de las clases medias y altas, e incluso de las clases trabajadoras,

respaldaron gustosamente al régimen nazi: ésa es la "incómoda verdad", puntualiza Johnson.

> Escribe Weinberg que incluso cuando la derrota se vislumbraba en el horizonte, la población, "que armonizaba el temor y la apatía con la devoción y la esperanza continuó apoyando al régimen hasta el final de la guerra. Sólo cuando las tropas aliadas hicieron su aparición en Alemania, un número significativo de alemanes dio la espalda al sistema al que había servido".
>
> E. A. Johnson (2002). *El terror nazi. La Gestapo, los judíos y el pueblo alemán* (p. 347). Buenos Aires: Paidós.

En su libro, recoge este último autor los argumentos del historiador Martin Broszat, director de una monumental obra en seis volúmenes sobre la vida cotidiana durante el régimen de Hitler. Hubo, en efecto, considerables niveles de rechazo del nazismo entre clérigos, comunistas, mujeres y grupos de jóvenes. Muchos alemanes fueron fusilados por ayudar a judíos, como aquel sargento alemán en Polonia que salió a relucir en el juicio de Eichmann en Jerusalén (Johnson, 2002, p. 33 y ss.). O aquellos dos hermanos, estudiantes católicos antinazis, que fueron ejecutados por distribuir propaganda contra el régimen. Por cierto, esa misma noche centenares de estudiantes se manifestaron apoyando el asesinato y aplaudiendo al ordenanza de la Universidad que denunció a los hermanos (Glover, 2001, p. 520).

> Y ya que estamos en el ámbito académico, un ejemplo más: un profesor de Antropología de la Universidad de Munich publicó un trabajo sobre el racismo en el que argumentaba la inexistencia entre los alemanes modernos de "arios puros", sino que eran racialmente mixtos. El sanguinario Heydrich lo expulsó de la cátedra. Sus colegas no sólo no protestaron, sino que abiertamente eludieron su trato (Glover, 2001, p. 522).

Por último, es justo mencionar algún episodio de solidaridad no ya de individuos particulares, sino de colectivos más numerosos. Así ocurrió, por ejemplo, en una localidad francesa, en donde, con su pastor protestante al frente, todo el pueblo escondió a los judíos que allí fueron a refugiarse, oponiéndose a las órdenes de Pêtain para que fueran entregados.

En radical contraste, léase –aunque es un libro extraordinariamente duro– la estremecedora obra de J. T. Gross titulada *Vecinos. El exterminio de la comunidad* ã FUOC • P03/80039/02432 33 La modernidad y los usos patológicos del poder: el holocausto nazi *judía de Jedwabne* (Barcelona: editorial Crítica, 2002). Allí se documenta minuciosamente cómo el 10 de julio de 1941 ciudadanos "corrientes" polacos masacraron a 1.600 convecinos judíos con hachas, garrotes con clavos, cortándoles la lengua, arrancándoles los ojos y pisoteando a los bebés. Y los pocos que todavía sobrevivieron fueron encerrados en un establo, que incendiaron. Mientras, los soldados alemanes asistían pasivamente al espectáculo. Un libro, en verdad, sencillamente aterrador.

El conocimiento de la existencia de los campos por los alemanes corrientes

Como se ha mencionado más arriba, después de la guerra miles de "alemanes corrientes" declararon su absoluta ignorancia en relación con los crímenes cometidos durante el régimen nazi. Sin embargo, Goldhagen (1997) ha mostrado convincentemente que eso no fue así y que millones de personas, de un modo u otro, colaboraron en la monstruosa empresa genocida. Por su parte, Gellately (2002), más recientemente, ha insistido en el mismo asunto. En síntesis, afirma este autor que desde la fundación del campo de Dachau en 1933, la gente corriente estaba al tanto de la existencia de los campos.

> Así, por ejemplo, la prensa del pueblo mismo de Dachau hablaba acerca de las ventajas que la instalación del campo tendría para los empresarios locales e informaba cómo, ocasionalmente, algún preso moría a causa de los disparos –"en defensa propia"– de los guardias. En otras partes hubo semejantes informaciones en las que se insistía en el carácter preventivo y educativo de esas instalaciones que por entonces albergaban, sobre todo, a comunistas, unos 50.000 entre marzo y abril de 1933. Dice Gellately que los alemanes aceptaron "de buena gana" estos establecimientos de resocialización de mendigos, homosexuales, parados crónicos, alcohólicos y delincuentes sexuales.

A pesar de las demagógicas amnistías decretadas por Hitler en 1934, los campos nunca dejaron de funcionar. Había 3.500 en 1935, a cargo de los presupuestos federales.

La prensa continuaba informando acerca de la "escoria" enviada allí. En febrero de 1936 apareció un reportaje fotográfico en un periódico muy leído de las SS en el que había una foto de presos en proceso de reeducación realizando trabajos útiles. Pero en otras imágenes aparecían alcohólicos, personas de facciones repulsivas y judíos acusados de "deshonra racial". El texto no mencionaba a los comunistas, sino que calificaba a los campos como el lugar adecuado para "deshonradores de la raza, violadores, degenerados sexuales y delincuentes habituales" (Gellately, 2002, p. 94).

En un discurso pronunciado en 1937, Goering reconocía la existencia de 8.000 prisioneros en los campos, pero añadió inmediatamente que "debemos tener todavía más". Los internados, argumentó el alto jerarca nazi, eran supremo ejemplo de las leyes de herencia genética y de la raza, pues entre ellos había individuos "con hidrocefalia, bizcos, criaturas deformes, medio judíos, y una serie interminable de tipos inferiores desde el punto de vista racial" (Gellately, 2002, p. 96).

Durante la guerra, la información pública sobre los campos disminuyó notablemente. Sólo aparecían en los periódicos ocasionales noticias sobre los intentos de fuga y posterior fallecimiento de algunos prisioneros, pero en las múltiples regiones en las que había campos, es evidente que la gente sabía de su existencia y veía a los prisioneros con sus uniformes desfilar diariamente hacia sus trabajos. Hubo artículos en la prensa del régimen en los que se vinculaba la guerra y la existencia de los campos. De modo que, escribe Gellately "se hizo imposible ignorar la presencia de los presos de los campos en la vida cotidiana" (p. 351). En definitiva, concluye nuestro autor, ante la existencia de los campos, los alemanes "se mostraron indiferentes y temerosos en el mejor de los casos, y en el peor compartieron el odio con los guardianes" (p. 278).

Por su parte, Victor Klemperer (2003), en su *Quiero dar mi testimonio hasta el final. Diarios,* anota desde 1942 cómo era conocida la existencia de Auschwitz y Buchenwald y desde 1943 de las cámaras de gas. Y Kressel (1996, p. 189) afirma que, si bien durante los años treinta la mayoría de los alemanes no podían saber nada del holocausto, sin embargo, no pudo ocurrir así cuando el genocidio se puso en marcha. Hay que insistir, mucha gente conocía lo que ocurría en los campos de exterminio. En Mauthausen y Auschwitz durante las 24 horas estaban saliendo de las chimeneas densas columnas de humo junto a un hedor a carne quemada. Una ciudadana escribió protestando por ser testigo involuntario de un fusilamiento. Pedía que no se repitieran tales atrocidades o "que se realicen donde nadie las vea" (Glover, 2001, p. 517).

En conclusión, es difícil sostener hoy que una gran mayoría de la población alemana ignoraba el genocidio. Por tres razones fundamentales:

1) En primer lugar, por fiables testimonios como los citados diarios de Klemperer en la ciudad de Dresde.

2) En segundo término, porque la BBC informaba puntualmente en alemán de lo que estaba ocurriendo en los campos; aunque era delito, muchos alemanes escuchaban la radio y asimismo podían leer los millones de folletos lanzados por los aliados denunciando el exterminio.

3) Finalmente, encuestas realizadas después de la guerra y más recientemente revelan el conocimiento de la población de las atrocidades cometidas.

De modo que, a pesar de la repetida respuesta exculpatoria –"¡no sabíamos nada!"– millones de alemanes conocían que los judíos estaban siendo aniquilados. Y casi nadie protestó. Seguramente no porque tuvieran profundas creencias racistas, sino por indiferencia moral ante la suerte de "los otros" y por conformidad con la autoridad. El veredicto de Johnson es tan duro como incuestionable: "millones de alemanes corrientes son culpables de los crímenes nazis" (Johnson, 2002, p. 481 y ss.).

LAS EXPLICACIONES DEL HOLOCAUSTO

En las explicaciones del holocausto han intervenido muchas disciplinas, cada una aportando su punto de vista generalmente complementario de la perspectiva de las otras. Nosotros, obviamente, limitaremos nuestra exposición fundamentalmente al ámbito sociopsicológico, aunque será necesario mencionar algunas interpretaciones de otro nivel. Para no complicar las cosas excesivamente, podemos distinguir tres grandes enfoques sobre las "causas" del holocausto, teniendo siempre en cuenta que no hay límites rígidos entre ellos.

a) En una primera categoría se incluirían las explicaciones que, a falta de un mejor vocablo, llamaremos *macro*.

b) Un segundo tipo incluye lo que llamaremos explicaciones *por obediencia a la autoridad*.

c) Y en tercer lugar habría un conjunto de explicaciones de nivel *micro* y que utiliza unidades de análisis generalmente individuales.

Pero hay que insistir en que se trata de una distinción convencional en aras sobre todo de la claridad.

Explicaciones macro

En un nivel macro se ha postulado que eventos tales como, por ejemplo, la elevadísima tasa de paro, tradiciones culturales

del propio Occidente, actitudes nacionalistas, la ideología antisemita o la humillación colectiva por la firma del Tratado de Versalles, actuaron como importantísimos factores en la subida de Hitler al poder y la posterior tragedia del genocidio.

Al comenzar la Segunda Guerra Mundial, C. J. Hayes, un politólogo norteamericano, afirmó que el nazismo suponía, ante todo, un ataque a toda la civilización occidental, es decir, la Grecia Clásica, la tradición judeocristiana, la cultura medieval, la Ilustración y las ideas demoliberales del siglo XIX. Pues bien, desde inmediatamente después de la guerra, una serie de autores –Horkheimer, Adorno, Benjamin, Marcuse– y también Arhendt y Baumann, han establecido una relación de continuidad y aun de "causalidad" entre precisamente las ideas surgidas en Occidente durante la modernidad ilustrada y el holocausto. Estos autores varían, claro está, en la selección de responsabilidades intelectuales:

a) Para unos, el proceso comenzó con la crítica a la Ilustración llevada a cabo por Hamann, Herder –alabado por Alfred Rosenberg–, Vico y su exaltación del "carácter nacional" y los sentimientos a expensas de la razón.

b) Otros, por su parte, contemplan como un precedente del nazismo al irracionalismo filosófico del siglo XIX y su exaltación del héroe y desprecio de las masas, el humanitarismo y el igualitarismo. En este contexto, es inevitable recordar, naturalmente, a Nietzsche, quien, pese a sus defensores –y aunque ciertamente los nazis manipularon su pensamiento– expresó ideas resueltamente prenazis.

> Por ejemplo, cuando defendió la "extinción de lo perverso, lo deforme, lo degenerado"; y aunque no era antijudío condenó enérgicamente la moral judeo-cristiana de la compasión hacia el débil, una idea presente constantemente en *Mi Lucha*. También exaltó la

> capacidad de la voluntad para construir grandes empresas colectivas en disciplina y educación; para tal fin, escribió, se necesitaba "un nuevo tipo de filósofo y de comandante en comparación con el cual todo espíritu oculto, temible y benevolente que haya existido en la Tierra resultaría pálido e insignificante" (Glover, 2001, p. 485).

No se trata de una opinión sin fundamento. El eminente profesor Alfred Bäumler afirmó con gran satisfacción que el nazismo expresaba las ideas de Nietzsche. Cuando fue nombrado catedrático de Filosofía y Pedagogía Política (sic.) en la Universidad Humboldt de Berlín, dictó su primera lección sobre "la sustitución del neohumanismo por una nueva categoría: la raza". En la cátedra le acompañaban dos esbirros de las SA y la bandera nazi. Terminada la clase, el catedrático instó a los presentes a cruzar la calle hasta la plaza de la Ópera donde quemaron libros de Heine, Marx y Freud (Glover, 2001, p. 501). En fin, en otras circunstancias habría que hablar tanto de la huida del nazismo de intelectuales de la talla de Adorno, Horkheimer, Benjamin y tantos otros, como del bochornoso papel representado por otras eminencias, como por ejemplo, Martin Heidegger, discípulo del judío Edmundo Husserl, expulsado de su cátedra en 1935 y con quien se comportó de un modo infame. Como se sabe, Heidegger llegó a ser rector en Friburgo, aunque luego dimitió. Pero nunca condenó el nazismo.

Entre los enfoques que responsabilizan a ciertas ideas de la modernidad del advenimiento del nazismo, sobresale ese ramillete de autores arriba citados que formaron parte de la espléndida Escuela de Francfort de Investigaciones Sociales, fundada en 1923 y cerrada diez años después ya con Hitler en el poder, "por tendencias hostiles al Estado". En dos magistrales obras, *Crítica de la Razón Instrumental* (Horkheimer, 1944 –hay una reedición en castellano en Biblioteca Nueva, Madrid,

2002) y *Dialéctica de la Ilustración* (Adorno y Horkheimer, 1945), ambos autores llevan a cabo la certificación del proyecto ilustrado de la razón universal. Frente a la "razón una" del ideal platónico, la razón ha devenido mera razón instrumental, vertebrando una lógica de la dominación (con Bacon al fondo) en su simple articulación eficaz medios/fines. Esa reducción de la razón ha segregado entre sí, como ya estableció Weber, las esferas de lo bueno, bello y lo verdadero. La razón instrumental nada tiene que ver con la moral y la estética. No hay discusión racional sobre valores o fines. Lo racional se identifica sencillamente con la utilidad. Y evidentemente el holocausto fue un complejísimo proyecto –aunque moralmente monstruoso– eficaz y racionalmente ejecutado. Pero sus fines no pueden ser analizados en términos de racionalidad (instrumental). Tal es el nivel de deshumanización y de vacío de sentido a que ha conducido el progreso tecnológico.

El conocido sociólogo Zygmunt Baumann (1997a, Tester, 2002 y Mate, 2002) es autor de muy inteligentes análisis sobre nuestro asunto de los que sólo cabe reseñar telegráficamente alguna idea. Además de lamentar la instrumentalización de la razón antes denunciada por la Escuela de Francfort –una razón que "hace" cosas pero que no se pregunta qué cosas "hay que hacer"–, Baumann afirma que la imposición de *un* orden social cualquiera genera inevitablemente nuevos desordenes. Y ello porque siempre existirá un "desencajamiento" entre el discurso teórico que legitime ese orden y la realidad social empírica sobre la que se pretende aplicar.

Pues bien, hay colectivos de individuos –caso de los judíos– que en la historia han sido contemplados como seres "ambiguos", difícilmente clasificables en una ordenación de "clases discretas". Pero al llegar el periodo de los "nacionalismos" la cosa se agravó: los judíos entonces no se acoplaban al nuevo orden racional; eran un "borrón esparcido" en la

homogénea totalidad unitaria: "estaban dentro, pero no eran de dentro" apunta Baumann. De ahí que estos "extraños" no pertenecientes a la "clase normal" tuvieran que ser eliminados.

Una última afirmación de nuestro autor: la idea de progreso tan venerada por la modernidad, establece el futuro y con ello la propia condición del individuo, quedando éste reducido a simple agente operante en la consecución de tan borroso objetivo. Se desvanece entonces la "humanidad" de las personas de carne y hueso, meras piezas de una gigantesca maquinaria que algún día alcanzará su objetivo: en nuestro caso, el Tercer Reich de los mil años.

> A propósito del progreso, en el libro de Reyes Mate (2003b, pp. 33-69) puede leerse un documentado análisis de cómo en el pensamiento occidental –"desde los jónicos hasta Jena" como decía Rosenzweig– hay ideas que prefiguran la ideología nazi: la preferencia occidental por las "causas únicas" –naturaleza, dios, humanidad, proletariado, etc.– simplifican y reducen la inmensa complejidad de la realidad. Eso mismo hicieron los hitlerianos con el concepto de raza.

En este nivel de explicación macro hay que aludir, pues no dejan de tener cierto crédito para algunos, algunas pintorescas explicaciones, por decirlo suavemente. Así, Stein (1984) publicó en una revista de las llamadas "de impacto" un artículo sobre el holocausto y la historia del judaísmo. El modelo teórico que utiliza es el de la ya mencionada "Psicohistoria". El trabajo, en síntesis, puede incluso ser considerado como gravemente ofensivo para las víctimas del genocidio, a las que prácticamente se culpa de sus desgracias. Pues según Stein, el holocausto fue el resultado de la confluencia de dos factores:

- La disponibilidad judía para el sacrificio, y

• la necesidad por parte de los nazis de resolver sus propios problemas colectivos intrapsíquicos proyectando su propio "self malo" sobre los judíos.

La tantas veces analizada pasividad de éstos se explicaría como una atávica forma de complicidad del pueblo judío en la solución final. De modo que es en el propio sentido de la historia del judaísmo donde se encontraría la explicación de Auschwitz. El holocausto no es un evento aislado en la historia de los judíos. Éstos poseerían un rol "inconscientemente determinante" en la producción de los desastres históricos que han padecido durante dos mil años. El pasaje del Génesis en el que Abraham está dispuesto a matar a su único hijo Isaac sería la clave para explicar el holocausto, siempre según Stein. Históricamente, los judíos han asumido el rol de un "Isaac colectivo" castigado por un Dios colérico. La proclamación de la inocencia no altera la voluntad del verdugo. De este modo, los judíos se autoconstituyeron como pueblo-mártir dispuestos a sacrificarse, pero a la vez esperando su redención por parte de Dios. Como puede advertirse, el holocausto se presta a muy variados discursos interpretativos.

Una de las preguntas más insistentes en la literatura sobre el nazismo es la siguiente: ¿cuáles pueden ser las razones por las que un país como Alemania se identificó e incluso veneró a un personaje como Hitler?

Por de pronto hay que recordar que éste subió al poder mediante una maniobra política urdida por Hindenburg y Von Papen, entre otros, como una forma de controlar a quien consideraban un despreciable demagogo que fracasaría en poco tiempo quedando fuera del escenario político. Pero Hitler no sólo no desapareció, sino que a través de un "irresistible as-

censo" llegó a contar con el apoyo entusiasta de la mayoría de los alemanes. Kressel (1996), un conocido especialista en Psicología Política, cree que hay tres respuestas fundamentales no excluyentes para responder a esta cuestión.

1) En primer lugar, una de las claves del éxito de Hitler fue su profundo y persistente antisemitismo, una auténtica obsesión para él. Kressel sostiene, nada menos, que su odio a los judíos "fue la razón por la que buscó el poder en primer lugar" (Kressel, 1996, p. 128). Creyó firmemente –ya lo vimos en su panfleto *Mi Lucha*– que los judíos constituían una desgracia para la humanidad. Y, como vimos anteriormente, estos prejuicios encajaban perfectamente con la tradición antisemita alemana, y en modo alguno desentonaban con el militarismo prusiano y la propia estructura autoritaria de la familia alemana, como puso de manifiesto la Escuela de Francfurt. Pero a todo esto hay que añadir otras cosas.

- Por un lado, el factor ya citado que favoreció extraordinariamente su ascenso al poder: la nunca olvidada humillación que significó para Alemania la vergonzosa rendición en Versalles, de la cual los nazis acusaron a judíos y comunistas.
- Y, por otra parte, Hitler mejoró sensiblemente el bienestar económico de Alemania. Además, no se enfrentó abiertamente con las Iglesias, aplastó toda oposición política, restauró el orden social, recuperó el orgullo nacional, etc. Y, desde luego, redujo el "miedo" de la gente, esa emoción tan importante en política, como sabemos desde el gran Hobbes. Es indudable que Hitler fue un gran orador, y su discurso encajó bien con las necesidades e intereses de las clases medias y altas. Además, con-

tó con la ayuda de un maléfico maestro de la propaganda como era Goebbels.

2) El segundo argumento desarrollado por Kressel trata de explicar la **conversión al nazismo** de aquellos que no sólo no votaron a Hitler en 1933, sino que estaban resueltamente en su contra. En enero de ese año Hitler tenía el apoyo de la mitad de los alemanes, pero 17 meses después le aclamaron casi el 90%. Desechada la apelación al terror, hay dos nociones procedentes del campo de la Psicología Social que pueden ayudar a entender tan masiva transformación:

- La primera se inscribe en una vieja cuestión como es la **relación entre actitudes y conducta,** es decir, la discrepancia frecuente entre lo que pensamos y sentimos y lo que hacemos. Una de las varias respuestas a este problema consiste en afirmar que es la conducta, precisamente, la que "causa" las actitudes, y no al revés, en la línea de aquella repetida afirmación marxiana de que "no es la conciencia lo que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia". En esta línea argumentativa, tanto la teoría de la disonancia como la teoría de la autopercepción sostienen que es precisamente analizando el propio comportamiento como el sujeto infiere sus propias actitudes. De modo que, como observa Kressel, vivir en una "jaula nazi" –periódicos, mítines, conversaciones elogiosas sobre Hitler, etc.– pudieron suscitar en muchos actitudes pro nazis.
- La segunda noción psicosociológica también tiene que ver con las actitudes, y concretamente con las técnicas para su modificación. Una de ellas es la llamada técnica del pie en la puerta: si alguien cede ante peticiones sin importancia, será más fácil que luego acceda a reque-

rimientos de mayor alcance. Hitler fue graduando sus medidas antisemitas mediante leyes que, una a una, no fueron mayoritariamente rechazadas. Pero una vez admitidas las primeras, las otras fueron progresivamente toleradas, aunque fueran auténticamente perversas.

3) Finalmente, el tercer argumento sobre el fervor de los alemanes hacia Hitler se refiere a los orígenes del holocausto. Es ya algo generalmente aceptado que el genocidio fue posible por la participación, directa o indirecta, de millones de alemanes. Como escribe Hilberg, un prestigioso historiador especialista en el régimen nazi, en el Holocausto participaron todos los componentes de la vida organizada de Alemania:

- diversos ministerios promulgaron leyes antisemitas,
- organizaron las deportaciones a los campos,
- confiscaron bienes judíos,
- empresas privadas utilizaron a trabajadores condenados y suministraron gas letal para los hornos crematorios,
- personal de la universidad expulsó a los profesores, etc.

Y todo eso fue posible porque miles de personas lo posibilitaron desde sus puestos de trabajo. Hoy sabemos que si no hicieron su tarea no fue porque estaban aterrorizados, ya que el régimen no asesinó ni envió a los campos a aquellos alemanes que se negaron a matar inocentes (Kressel, 1996. p. 158).

La obediencia a la autoridad

Este último argumento enlaza con el segundo tipo de explicaciones sobre el holocausto que hemos denominado de

obediencia a la autoridad. Una explicación, como ya se puede adivinar, bien conocida en Psicología Social. Durante los procesos de "desnazificación" que hubo en Alemania después de la guerra, miles de alemanes fueron interrogados acerca de sus diferentes responsabilidades en las atrocidades cometidas por el régimen nazi.

> Entre ellos se encontraba, por ejemplo, Emanuel Schäfer, jefe de la Gestapo en Colonia entre 1940 y 1942, y responsable de las deportaciones de 13.500 judíos, de los que sobrevivieron 600. Se exculpó afirmando que hizo aquello "obedeciendo" órdenes de sus superiores. En el juicio de Nuremberg, Keitel, Mariscal de Campo del Ejército Alemán y responsable directo de la matanza de millones de personas en la URSS, se definió como un buen soldado que "obedecía" a sus superiores. Aunque admitió que la guerra fue un error, declaró no sentirse culpable: era un militar honorable que se negó a pedir clemencia y solicitó ser fusilado, no ahorcado.
>
> En ese mismo juicio, Goering, ministro del Aire y prácticamente número dos del régimen, negó (sic.) conocer la existencia de campos de concentración y se desvinculó de la promulgación de las leyes racistas. Este fanático cobarde culpó a Himmler, a quien odiaba a muerte, y afirmó que dentro de cincuenta o sesenta años en toda Alemania se levantarían estatuas en su memoria. Se autocalificó como un político que cumplió con su deber restableciendo el honor nacional tras la humillación de Versalles. Rudolph Hess fue comandante del repetidamente citado campo de exterminio de Auschwitz. Antes de su ejecución, proclamó que era un patriota al servicio de su país y que siempre valoró por encima de otra cosa la "obediencia a la autoridad" y, por descontado, que nada tenía personalmente contra los judíos. El comandante del campo de exterminio de Treblinka se llamaba Franz Stangl. Este criminal confesó que aborrecía ver sangre, que estaba muy descontento con el trabajo que hacía y que quiso dimitir varias veces, pero no le dejaron. De modo que desempeñó sus funciones "obedeciendo" a sus superiores.

Son unos pocos ejemplos recogidos por Johnson y Kressel. Podrían citarse muchos más, pues esa cantinela se escuchó miles de veces en los procesos contra los nazis. No sabían nada, y si se demostraba que sí que sabían, simplemente "obedecieron órdenes" disciplinadamente. Todo lo cual, claro está, nos remite a los famosísimos experimentos de Milgram ya estudiados en módulos anteriores, y por lo tanto no nos detendremos en su análisis ni en las fundamentadas críticas de que han sido objeto.

Recuérdese que una de las posibles interpretaciones de los hallazgos de Milgram fue la de que, potencialmente, en todos nosotros "anida un asesino". En 1979, en una entrevista, el propio Milgram afirmó que si en Estados Unidos se crearan una serie de campos de exterminio, habría personal suficiente para que funcionaran en cualquier ciudad americana. Esa importancia atribuida a la "situación" concierta, por otra parte, perfectamente, con lo que Ross (1977) denominó *el error fundamental de atribución*: esto es, atribuir a rasgos o características internas de los agentes la explicación de sus acciones minimizando la influencia de la situación en que tales acciones se realizan, y, desde luego, los sujetos experimentales de Milgram –los que "obedecieron", naturalmente– han sido asimilados a los burócratas nazis –el caso de Eichman retratado por Hanna Arendt es un excelente ejemplo– que, desapasionadamente, se limitaron a *obedecer* las órdenes de sus jefes (muy oportunamente Kressel puntualiza que Gordon Allport llamó a la investigación de Milgram *el experimento Eichman*).

No hay que exagerar, sin embargo, la significación de los estudios de Milgram para una adecuada comprensión del holocausto. Varios autores han formulado muy razonables críticas acerca de la mecánica aplicación de los procesos de obediencia de los sujetos experimentales del psicólogo norteamericano a los verdugos. Ciertamente, Milgram puso de

manifiesto, de modo alarmante, cómo en determinadas situaciones puede llegar a comportarse la "gente corriente". Y también que sin esa tendencia a *obedecer a la autoridad* probablemente no se hubiera producido el holocausto, y que uno comete más fácilmente acciones perversas si puede endosar a otros la responsabilidad.

Pero son obvias las diferencias entre las atrocidades nazis y las respuestas de los sujetos de Milgram. Está claro que el norteamericano obtuvo obediencia –durante una hora– a partir de un valor positivo como era el de aumentar nuestro conocimiento científico. Y aseguró que no habría daño permanente para las "víctimas". Por lo demás, recordemos que, cuando Milgram no estaba presente dando órdenes, el nivel de obediencia descendió.

En los campos de exterminio no hubo presencia constante de los jerarcas nazis, ni amenazas, ni presiones. Los verdugos no sólo acataron las órdenes, sino que las interiorizaron y acataron durante años. Obedecer a un prestigioso científico con motivo del progreso del saber no es igual, evidentemente, que obedecer al asesino que ordena administrar en las cámaras de duchas el gas letal. Y finalmente, algo importante:

> Milgram, obsesionado por demostrar el influyente papel de la situación, menospreció las evidentes diferencias individuales que había en las respuestas de sus sujetos, algo que con mucha razón le reprochan tanto Kelman y Hamilton (1989) como Miller (1990).

Sólo un dato: de los 540 sujetos en las 16 variaciones experimentales, 324, es decir, el 60% desobedecieron en algún momento en la secuencia de órdenes. ¿Por qué Milgram no escribió otro libro analizando esos desobedientes?

Explicaciones micro

Por último, vamos a referirnos al tercer grupo de explicaciones, de carácter micro o individual. Las explicaciones –en verdad simplistas– individual(istas) del nazismo han sido mayoritariamente propuestas por el psicoanálisis y más concretamente por la psicohistoria. En definitiva, ese mal absoluto paradigmáticamente simbolizado por el nazismo, sería al cabo resultado del comportamiento de un psicópata: Hitler.

a) Para unos, sus propias angustias eran tales que necesitó condensarlas y proyectarlas paranoicamente en un solo objetivo: los judíos.

b) Otros, como cabría adivinar, acuden al complejo de Edipo... mal resuelto, naturalmente.

c) En otras versiones, se cuenta que, cuando falleció el padre de Hitler, un médico judío, Edward Bloch, emergió en la mente del futuro genocida como sustituto del padre, hacia quien Hitler desarrolló fuertes sentimientos ambivalentes. Al morir su madre, Hitler culpó al médico y a partir de entonces matar a los judíos fue un medio psicológico de asesinar al padre, etc.

d) Pero la cosa no para ahí; también parece que la maldad del genocida provenía de su sentimiento de inseguridad por faltarle un testículo, porque era sadomasoquista, o, alternativamente, obsesivo-paranoide, narcisista, etc. (Kressel, 1996). En definitiva, en la personalidad del caudillo nazi estaría la clave explicativa de todo lo que pasó.

e) Más cercanamente, Alford (1990), utilizando la teoría de Melanie Klein ha aventurado una interpretación psicoanalítica más del nazismo apoyada en la figura del genocida. En síntesis, Melanie Klein sostiene que en los humanos existe una disposición innata para el odio y la agresión. Este impulso

nos llevaría a destruir lo bueno y reemplazarlo por lo malo. El mecanismo operante aquí es la envidia, que busca eliminar lo bueno, pues su existencia fuera del sujeto le revela a éste su propia imperfección. Así las cosas, la irresistible atracción de los alemanes hacia Hitler, y que les conduciría al abismo, se explica por la confusión en sus seguidores entre objeto bueno y malo. De modo que el miedo y la culpa convirtieron a los judíos en objeto malo.

Cada ser humano, según Klein, es constitutivamente un potencial genocida, pero generalmente las personas subordinamos tan monstruosa tendencia a amar y cuidar a los nuestros, otro impulso también innato. Pues bien, es precisamente la interacción entre el mal congénito que anida en nosotros con ciertas ideologías e instituciones lo que explica el mal en el mundo y concretamente el nazismo. El exterminio judío se llevó a cabo a través de una gigantesca y eficaz organización burocrática de la que Eichman sería símbolo supremo. La realización de tareas parciales en la red organizacional permitió separar responsabilidad y eficacia. El rutinario cumplimiento del deber exoneró de incómodas preguntas sobre los fines perseguidos. Pero todo ello no es sino una simple defensa contra nuestra cólera y agresión connaturales. Lo que parece concluir Alford es que la malhadada interacción entre el odio y agresión humanos y la ideología nazi explica satisfactoriamente el genocidio. Pero luego insiste en que es el odio, intrínseco a la naturaleza humana, la auténtica fuente del mal. Es esa natural disposición lo que explotan las ideologías de la barbarie.

f) También en esta línea individualista se incluye la explicación que utiliza la noción de *personalidad autoritaria* como elemento fundamental en el surgimiento del nazismo. Analizada suficientemente en el módulo anterior, no nos detendremos en ella; solamente hay que añadir que, concluida la guerra, al-

gunos estudios realizados con prisioneros de guerra alemanes revelaron una estructura autoritaria en su personalidad. Asimismo, con muestras de miembros de las SS se halló idéntico resultado, con la particularidad de que en este último caso los sujetos habían tenido durante su infancia figuras maternas anormalmente dominantes.

En cualquier caso, sería incurrir, como mínimo, en un inaceptable reduccionismo el hecho de sostener que el nazismo puede explicarse apelando a los mayores o menores niveles de autoritarismo de la población alemana.

g) La última gran explicación psicológica-individual de los desastres del nazismo ha sido desarrollada por David Goldhagen en su muy exitoso y voluminoso libro *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*, publicado en 1996 y traducido un año después al castellano. Aunque no es fácil dar cuenta de los documentados argumentos expuestos a lo largo de 750 páginas, trataremos de sintetizar las fundamentales tesis defendidas en su obra por el profesor norteamericano.

Al comienzo del libro, Goldhagen lleva a cabo una crítica radical a las explicaciones basadas en factores históricos, económicos, políticos, o sociológicos, como los que hemos visto anteriormente: se ha recurrido, escribe, a fuerzas sociales impersonales, estructuras de autoridad, mentalidades burocráticas, personalidades despóticas, instituciones abstractas, sin reconocer lo que es evidente:

> (los asesinos nazis) "[...] tenían opiniones sobre lo que estaban haciendo y que éstas fundamentaron en gran medida las opciones que tomaban al elegir sus actuaciones."
>
> Goldhagen (1997, p. 20).

Su enfoque, afirma el autor, prescinde de explicaciones universales, sociales y psicológicas ahistóricas, tales como la idea de que la gente obedece a cualquier autoridad –en clara alusión a las explicaciones basadas en los experimentos de Milgram–, o de que actuará de tal modo por presión del grupo. El Holocausto fue un fenómeno específicamente alemán, un hecho atroz, único en la historia de Europa. Y su auténtica naturaleza debe ser explicada analizando la sociedad alemana y sólo la sociedad alemana.

Pues los perpetradores de las masacres fueron alemanes, unos nazis y otros no. Perpetrador, define Goldhagen, fue todo aquel que "a sabiendas, contribuyó directamente a la matanza de judíos, en general cualquiera que trabajara en una institución de matanza genocida" (p. 216). Por ejemplo, aquellos que formaron parte de un pelotón de fusilamiento o los que detenían y deportaban a los judíos sabiendo cuál era su destino, acordonaban las zonas donde se realizaban los fusilamientos, los maquinistas de los trenes que llegaban a los campos de exterminio, los que denunciaban a judíos, etc.

Los cómplices alemanes, continua Goldhagen, trataron de exculparse tras la derrota apelando a cinco argumentos:

1) Una implacable presión del aparato nazi que les obligaba a matar; si no obedecían, eran severamente castigados e incluso ellos mismos asesinados.

2) Hitler los hechizó y le obedecieron ciegamente ayudados en esto por la tradicional educación de la sociedad alemana en el respeto a la autoridad.

3) Hubo enorme presión psicosocial de los camaradas a la que no podían sustraerse, por ejemplo en los campos de exterminio, aunque no estuvieran de acuerdo.

4) Eran simples burócratas –eso confesó Eichmann antes de ser ahorcado– que cumplían lo mejor que podían con la

tarea asignada. Fueron las "instituciones" las responsables últimas del genocidio.

5) Dada la enorme fragmentación de las tareas, ignoraban el objetivo final, el exterminio judío.

Goldhagen, a lo largo del libro, va desmintiendo convincentemente estas excusas, utilizando un impresionante aparato documental. Hecho esto, plantea su propia tesis que, en resumen, es la siguiente:

> El holocausto fue un evento específicamente alemán explicable fundamentalmente por las creencias antisemitas de la sociedad alemana en general y de los nazis en particular, sobre todo de Adolf Hitler. Fueron, pues, las creencias antisemitas "eliminacionistas" –a cuya existencia, dice Goldhagen, tan decisivamente contribuyó la Iglesia católica– las que condujeron a que los *alemanes corrientes*, dirigidos por el más antisemita de todos ellos, cometieran aquel espantoso crimen. Ellos, millones de ciudadanos alemanes, fueron responsables del holocausto.

La explicación monocausal de Goldhagen, demasiado esquemáticamente expuesta aquí, ha desencadenado, como era previsible, un diluvio de críticas, algunas de las cuales sintetizaremos a continuación (Radtke, 1998).

a) En primer lugar, naturalmente, se ha puesto de relieve la imposibilidad de explicar algo tan complejo como el nazismo a partir de *una* causa, por central que sea. El análisis de Goldhagen incurre en un inaceptable **reduccionismo psicologista** sin tomar en cuenta el contexto histórico. Que los alemanes corrientes eran mayoritariamente antisemitas parece un hecho

bien confirmado. Pero Goldhagen no aporta evidencia de que tal prejuicio antisemita fuera "eliminativo" o exterminador. Y por otra parte, Hitler también ordenó aniquilar a millones de comunistas en Rusia: ¿actuó también en esta matanza un racismo exterminador antibolchevique? Más bien parece, como sostiene Brannigan, que el antisemitismo alemán fue un componente de la sociedad alemana muy bien instrumentado por la diabólica propaganda de Goebbels para fortalecer la unidad endogrupal de los "arios". La noción de prejuicio antisemita "eliminativo" denota la existencia de una estructura cognitiva rígida, profunda, inmune a variaciones a lo largo del tiempo. Pero es evidente que el exterminio judío se desarrolló según un *proceso* a largo plazo. En marzo de 1942, casi el 80% de todas las víctimas del holocausto aún estaban vivas. En febrero de 1943, once meses después, era justamente al revés. Es decir, el antisemitismo alemán fluctuó a lo largo del régimen nazi y como Goldhagen celebra al final de su libro, declinó muy considerablemente tras el final de la guerra.

b) Una segunda crítica formulada a Goldhagen es la injustificable omisión en su libro de los **campos de exterminio**. Dice el norteamericano que no habla de ellos porque apenas hay datos fiables sobre lo que allí sucedió, y añade que las cámaras de gas no son lo más relevante del genocidio nazi. Sin cámaras o con ellas, afirma, el exterminio se hubiera llevado a cabo igualmente. Con lo que, como señala Kandel, hurta al Holocausto una de sus más terroríficas dimensiones al equipararlo con otra "matanza" más de las sucedidas a lo largo de la historia. Algo, por cierto, contradictorio con su tesis de que el holocausto fue un fenómeno específicamente alemán.

c) En tercer lugar, Leon Rappoport ha acusado a Goldhagen de "negligente" y "arrogante". Quiso hacerse famoso –y evidentemente lo logró– mostrando cómo la gente –los alemanes corrientes– es peor aún de lo que pensamos. No cita

ni una sola vez a Marx o Freud y eso es intolerable al hablar del antisemitismo. Y, más sustantivamente, es inadmisible su afirmación de que el antisemitismo es un **fenómeno estrictamente alemán**. Lituanos, polacos, rusos y austriacos eran por entonces tan antisemitas como los alemanes. Hay que decir respecto a esto que Baumann (2002) ha introducido una inteligente diferencia respecto a los prejuicios existentes durante la historia de la humanidad y el antisemitismo nazi: durante siglos se ha perseguido y asesinado a otros grupos "extraños" o "infieles" –recuérdese al respecto la Iglesia católica– por lo que *hacían*. Hitler los asesinó por lo que *eran*. Y si un "infiel" podía "convertirse", un judío no puede nunca dejar de serlo: en su naturaleza, concluye Baumann, lleva su pecado.

Con lo que acabamos de exponer, no se agota, ni mucho menos, el repertorio de explicaciones del nazismo, pero es menester ir concluyendo. Digamos tan sólo que en la prestigiosa Escuela de Francfort, antes de que Hitler la clausurara y sus miembros tuvieran que huir de Alemania, se realizaron una serie de interesantísimos estudios sobre la estructura de autoridad de la familia en Alemania, que luego fueron utilizados por diversos autores en la explicación del antisemitismo en general en la etapa "americana" de la Escuela.

Precisamente, un eminente miembro de esta Escuela, Erich Fromm, también judío emigrado a Estados Unidos, es autor de algunos estudios sobre Hitler (Fromm, 1975) y sobre el nazismo (Fromm, 1995, pp. 202-230). En su probablemente mejor obra, *El miedo a la libertad*, publicada en 1947, Fromm desarrolla una teoría sobre el origen del régimen hitleriano particularmente interesante. De entrada, invalida dos aceptadas explicaciones del nazismo:

• La primera sostiene que se trató de un fenómeno económico (imperialista) y político en el que un partido autoritario

conquistó el poder del Estado y aterrorizó a la sociedad, que se vio obligada a obedecer sus criminales mandatos.

• La segunda contempla al nazismo como obra exclusiva de un demente al mando de una pandilla de dementes.

Para Fromm ninguna de estas dos explicaciones es por sí misma correcta, pero su articulación sí que lo es; de modo que nuestro autor se aplica a describir la situación social y económica de Alemania durante la República de Weimar tal y como pudimos ver páginas atrás: enorme declive económico, depresión colectiva, desorden familiar y social, etc. Y, desde luego, aunque Fromm no insiste en ello, miedo, mucho miedo.

Había un enorme resentimiento tanto entre los campesinos, como entre las clases medias arruinadas, y mucho odio en los obreros que sufrieron serias derrotas en sus reivindicaciones sociales y políticas. Las clases dominantes, que también tenían mucho miedo, vieron a Hitler, siquiera momentáneamente, como alguien profundamente anticomunista que defendía al cabo sus intereses de clase. De modo que aquel "don nadie" de clase media-baja, sin oficio ni beneficio, tal y como se autodescribe en *Mi Lucha*, conquista el poder, no por las astucias de la razón, sino tras una desventurada combinación de factores.

La pequeña burguesía se identificó con el futuro genocida, el cual, hábilmente, nunca se enfrentó con el capital industrial alemán. Y, desde luego, tal y como antes quedó dicho, en pocos años mejoró sustancialmente la situación económica y social alemana: millones de pequeños burgueses obtuvieron empleo, dinero y poder en la burocracia del aparato nazi, muchas veces a expensas de los judíos expulsados de sus puestos de trabajo. Lo que vino después no lo cuenta Fromm, pero ya lo sabemos.

El análisis de Fromm puede ser complementado con los argumentos de Glover (2001, p. 536 y ss.). Muy agudamente escribe éste que en la situación en la que se encontraba la República de Weimar –paro, ruina económica, miedo, etc.– podía haber triunfado no Hitler, sino el comunismo que también garantiza seguridad a través del Estado. Pero quienes ganaron fueron los nazis y ello porque manipularon muy eficazmente los sentimientos nacionalistas frente a la "solidaridad internacionalista" marxista. Hitler no era precisamente un ilustrado y el nazismo jamás defendió los derechos del hombre, sino que, de modo particularista, exaltó hasta la exacerbación los valores de la raza aria pura germana.

Para Glover, la explicación del holocausto no reside por separado ni en el antisemitismo alemán ni en entes abstractos, como la razón instrumental, la burocracia, etc., sino, una vez más, en una conjunción de ambas: los asesinatos fueron cometidos por personas concretas y organizados por instituciones. Y, por supuesto, Glover cree que el genocidio fue una acontecimiento "alemán", único, con rasgos propios en la historia de los genocidios; no en cuanto a número de muertos, pues en eso el régimen de Stalin, por ejemplo, lo superó, sino por el odio que guió todo el proceso. Como afirma un autor, nunca una nación con su máximo dirigente a la cabeza anunció primero y asesinó después a ancianos, mujeres, niños, bebés, utilizando todo el aparato del Estado (Glover, 2001, p. 539).

Por último, sería injusto no mencionar, aunque sea telegráficamente, los análisis del nazismo que realizó el freudo-marxista Wilhem Reich en su obra *Psicología de las masas del fascismo* y cuya publicación en 1933 le valió, por cierto, su expulsión de la Sociedad Alemana de Psicoanálisis. Para Reich, el marxismo "vulgar" ha sido incapaz de entender el ascenso del hitlerismo al ver la ideología exclusivamente determinada por la infraes-

tructura económica. Sin advertir cómo es la ideología, reobra e influye a su vez en esta última. La cuestión es explicar por qué las masas aceptaron la ideología del nazismo.

En una sociedad, afirma Reich, el desarrollo tecnológico va siempre por delante de las estructuras psicológicas de los individuos, de modo que las condiciones sociales de existencia de éstos no coinciden con sus creencias ideológicas. Si se diera una correspondencia exacta entre situación económica e ideología, ya hubiera habido una revolución en Alemania. Es la psicología política la que debe explicar por qué los explotados no se rebelan; la psicología de la clase trabajadora está sujeta a un proceso de escisión: por su posición social, los trabajadores están predispuestos a la revolución, pero la ideología autoritaria en la que han sido educados tiende a hacerlos conservadores. Ésa es la clave para nuestro autor: analizar cómo actúan en la mente de los trabajadores las fuerzas reaccionarias y revolucionarias.

El psicoanálisis heterodoxo de Reich sostiene que la represión cultural opera a través del matrimonio y la estructura familiar patriarcal. Es la familia –el Estado en miniatura– la que va transformando al niño en un ciudadano dócil, sumiso, obediente a la autoridad. El mecanismo básico subyacente a este proceso es la represión sexual por parte de la familia desde la infancia. Es esta represión sexual la que produce la mentalidad reaccionaria de las masas y su tendencia a sostener un orden social autoritario de tal modo que los explotados piensan, sienten y actúan en contra de sus propios intereses materiales.

Y por lo que respecta a las clases medias y bajas, mayoritaria base social del nazismo, su estructura familiar es igualmente autoritaria. Pero el pequeño burgués, en su deseo de distinguirse de la clase trabajadora, muestra orgulloso su supuesta "moralidad sexual". Se identifica ideológicamente con la clase

dominante y compensa así sus miserias económicas haciendo ostentación de un puritano comportamiento sexual. De ese modo, utiliza abundantemente los conceptos de "honor y deber" –muy queridos por los fascistas– derivados de sus actitudes hacia la sexualidad.

En definitiva, concluye Reich, el Estado nazi tiene un fiel representante en cada una de las familias: el padre. Es éste quien reproduce en sus hijos la represión sexual y, como consecuencia, la obediencia a la autoridad. Habla luego, Reich, de otras cosas, por ejemplo de cómo Goebbels manipuló la relación madre/hijo con el patriotismo alemán, así como de la vinculación entre el nazismo y la angustia neurótica surgida de la represión sexual. Asimismo, aventura una interpretación de la esvástica en clave psicoanalítica (De Marchi, 1974). Pero no cabe entrar en detalles, pues debemos poner un definitivo punto final a estas páginas quizá ya excesivamente prolongadas.

Conclusión

En el mes de diciembre del año 2002, en su discurso de agradecimiento por haber sido galardonado con el premio Nobel de Literatura, Imre Kertesz –un superviviente del genocidio– dijo: "Lo que descubrí en Auschwitz es la condición humana, el punto final de una gran aventura a la que el viajero europeo llegó después de 2000 años de historia cultural y moral".

Además de las inagotables reflexiones morales planteadas por el episodio nazi –y por tantas masacres habidas en el sangriento siglo XX, desde el Gulag a Hiroshima, pasando por Camboya, Vietnam o África–, los análisis realizados desde las Ciencias Sociales nos han dejado enseñanzas que deberían ser aprovechadas. Una de las cosas que más da que pensar del horror nazi es que quienes cometieron aquellos crímenes no estaban "hechos de una sustancia diferente a nosotros". Salvo una minoría, acaso mentalmente perturbada, el resto eran, en efecto, ciudadanos corrientes. Lo que no fue "corriente" es la situación histórica en la que vivieron. Lo que nos hace comprobar, una vez más, que cualquier cabal explicación de los comportamientos humanos debe tener en cuenta el yo, pero también su circunstancia. De este modo, podemos advertir cómo determinadas situaciones de injusticia social, desorden, desempleo, propician la aparición de líderes mesiánicos resueltamente apoyados por millones de personas. Una mezcla

explosiva de miedo, esperanza, odio y resentimiento llevó a los alemanes a preferir la dictadura, el orden y la seguridad, a las libertades de la democracia parlamentaria.

Y hay que hacer notar la facilidad con que la gente asume ideologías deshumanizadoras y puede cometer atrocidades cumpliendo con su deber y obedeciendo a la autoridad. Y no menos importante: sabemos por las teorías de la complejidad cómo causas insignificantes pueden desencadenar efectos colosales. Probablemente, los millones de alemanes que votaron a Hitler en 1933 no anticiparon en absoluto los crímenes que vendrían después. Y los millones de personas que hicieron funcionar la infernal maquinaria del genocidio desde sus rutinarios puestos de trabajo aparentemente no se sintieron culpables del holocausto. Son –ahora ya lo sabemos– las consecuencias no intentadas de las acciones humanas.

En cuanto al futuro, poco cabe aventurar a medio o largo plazo. Algunos artículos y libros recientes hablan de la nueva judeofobia, de las tendencias de los nuevos fascismos a organizarse por encima de las fronteras, del nuevo antisemitismo europeo (Beck) e incluso Carl Amery (2002) nos alerta acerca de un peligro futuro al preguntarse "¿fue Hitler un precursor?". Y Tugendhat recuerda los experimentos nazis en Auschwitz a propósito de la inquietante propuesta de Peter Sloterdijk de aplicar las novísimas biotecnologías para la "mejora moral" de los humanos. Probablemente sean meramente manifestaciones sin mayor relieve, incongruentes con nuestra "postmodernidad líquida" en la que ha desaparecido todo sentido de la historia. No obstante, sería sumamente peligroso perder completamente la memoria: en el campo de Dachau puede leerse la frase de Santayana: "el que olvida la historia está condenado a repetirla". Porque hay que recordar, constantemente, aquella advertencia de Albert Camus al final de

La Peste, esa espléndida parábola de la ocupación de Francia por el nazismo, publicada en 1947:

> "[...] oyendo los gritos de alegría que subían de la ciudad, Rieux tenía presente que esta alegría está siempre amenazada. Pues él sabía que esta muchedumbre dichosa ignoraba lo que se puede leer en los libros, que el bacilo de la peste no muere ni desaparece jamás, que puede permanecer durante decenios dormido en los muebles, en la ropa, que espera pacientemente en las alcobas, en las bodegas, en las maletas, los pañuelos y los papeles, y que puede llegar un día en que la peste, para desgracia y enseñanza de los hombres, despierte a sus ratas y los mande a morir a una ciudad dichosa."

Bibliografía

- **Agamban, G.** (2002). *Lo que queda de Auschwitz.*Valencia: Pretextos.
- **Browning, C.** (2002). *Aquellos hombres grises. El batallón 101 y la "solución final" en Polonia.* Barcelona: Edhasa.
- **Burleigh, M.** (2002). *El Tercer Reich. Una nueva historia* (ed. original 2000). Madrid: Taurus.
- **Dimsdale, J. E.** (1980). *Survivors, victims and perpetrators. Essays on the nazi Holocaust.* New York: Hemisphere.
- **Fromm, E.** (1995). *El miedo a la libertad.* Barcelona: Paidós.
- **Gellately, R.** (2002). *No sólo Hitler. La Alemania Nazi entre la coacción y el consenso.* Barcelona: Crítica.
- **Goldhagen, D. J.** (1997). *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto* (ed. original 1996). Madrid: Taurus.
- **Jiménez Burillo F.** Coord. (2006). *Psicología de las Relaciones de Autoridad y Poder.* Barcelona. Editorial UOC.
- **Johnson, E. A.** (2002). *El terror nazi. La Gestapo, los judíos y el pueblo alemán* (ed. original 2000). Buenos Aires: Paidós.
- **Kelman, H. y Hamilton, L. (1989). Crimes of obedience: tow***ard a Social Psychology of Authority and Responsability.* 90 New Haven: Yale University Press.
- **Klemperer, V.** (2003). *Quiero dar testimonio hasta el final.Diarios* (2 vols.). Barcelona: Galaxia Gutemberg.

- **Kren, G. M. y Rappoport, L.** (1994). *The Holocaust and the crisis of human behavior*. New York: Homes and Meier.
- **Lifton, R. J.** (1986). *The nazi doctors: medical killing and the Psychology of genocide*. New York: Basic Books.
- **Mate, R.** (2003b). *Memoria de Auschwitz. Actualidad moral y política*. Madrid: Trotta.
- **Traverso, E.** (2003). *La violencia nazi. Una genealogía europea*. Buenos Aires: FCE.
- **Wistrich, R. S.** (2002). *Hitler y el Holocausto* (ed. original 2001). Barcelona: Mondadori.